

EL DIOS PRÓDIGO

Recuperemos el corazón de la fe cristiana

TIMOTHY KELLER

 Editorial Vida

*Autor del libro éxito de venta
En defensa de Dios y Dioses falsos*

Dos hijos, uno que observaba religiosamente las reglas, y otro que las rompió todas. Un padre que amaba a ambos hijos perdidos más allá de lo que ellos pudieran imaginarse.

DESCUBRE *las* ASOMBROSAS PROFUNDIDADES *del* AMOR EXTRAVAGANTE *de* DIOS

En seis sesiones cautivadoras, el pastor y autor de éxitos de librería Timothy Keller abre tus ojos al poderoso mensaje de la parábola más conocida y menos entendida de Jesús: *la parábola del hijo pródigo*.

El doctor Keller te ayuda a ti y a tu grupo a inferir nociones de cada uno de los personajes de la parábola de Jesús: el irreverente hijo menor, el moralista hijo mayor, y el padre que colma de amor a ambos.

La Guía de discusión de *El Dios pródigo* incluye preguntas para la conversación en grupo y la reflexión personal, así como también ejercicios que te ayudarán a aplicar a tu propia vida las verdades de la parábola de Jesús.

El evangelio no es ni religión ni irreligión, sino algo totalmente diferente. No importa que seas un creyente consagrado o un escéptico, *El Dios pródigo* te presentará el reto de ver el cristianismo de una manera totalmente nueva.

La sesión uno contiene la película entera de 38 minutos. Cada una de las otras cinco sesiones presentará un segmento breve de recapitulación (2-3 minutos) de la película completa para dar inicio a la conversación en grupos pequeños.

TÍTULOS DE LAS SESIONES:

- | | |
|------------------------------------|-------------------------------|
| 1. El Dios pródigo | 4. El hermano mayor |
| 2. Las personas alrededor de Jesús | 5. El verdadero hermano mayor |
| 3. Los dos hijos perdidos | 6. El festín del padre |




TIMOTHY KELLER es el pastor principal de la Iglesia Presbiteriana El Redentor [Reedeemer], de Manhattan, y autor de los éxitos de librería *En defensa de Dios* y *Dioses Falsos*, según las listas del New York Times.

Diseñado para ser usado con el DVD y el libro *El Dios pródigo*.

ISBN: 978-0-8297-5907-5

Educación cristiana / Adultos
Christian Education / Adults

Cubierta diseñada por: Rob Monacelli
Adaptada por: Good Idea Productions Inc.

 **Editorial Vida**
.com

Redeemer City to City
www.redeemercitytocity.com

ISBN: 978-0-8297-5907-5



EAN

Con agradecimiento
a Edmund P. Clowney
y mis otros mentores.

Introducción

El propósito de este breve libro es exponer las cuestiones esenciales del mensaje cristiano, del evangelio. Por lo tanto, puede servir como introducción a la fe cristiana para quienes no estén familiarizados con sus enseñanzas o se hayan apartado de ellas durante un tiempo.

Sin embargo, esta obra no es solo para los que están buscando. Muchos creyentes cristianos de toda la vida creen que entienden lo fundamental de la fe cristiana bastante bien y no necesitan un manual básico. No obstante, una de las señales de que quizás no comprendas la naturaleza única y radical del evangelio es que tienes claro que sí la entiendes. En algunas ocasiones, un entendimiento renovado del mensaje cristiano deslumbra y conmueve tanto a los miembros veteranos de la iglesia, que sienten que se han “reconvertido”. Por tanto, este libro se ha escrito tanto para los de afuera, que tienen curiosidad, como para los de dentro de la fe; tanto para los que Jesús llama “hermanos menores”, como para los “hermanos mayores” en la famosa parábola del hijo pródigo.

Recurro a esta conocida historia, que se encuentra en el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, con el fin de llegar al fundamento de la fe cristiana. El argumento de la parábola y el elenco de personajes son muy simples. Había un padre que tenía dos hijos. El menor pidió su parte de la herencia, la recibió y rápidamente se fue a un país lejano donde lo despilfarró todo en placeres sensuales y frívolos. Regresó a casa compungido y, para su sorpresa, su padre lo recibió con los brazos abiertos. Este recibimiento distanció y enfadó en gran manera al hermano mayor. La historia termina con el padre rogando a su primogénito que se una a la bienvenida y perdón de su hermano menor.

A primera vista, la narrativa no es muy fascinante. Sin embargo, creo que si

la enseñanza de Jesús se puede comparar a un lago, la parábola del hijo pródigo sería uno de los lugares más transparentes de dicho lago, donde se puede ver el fondo con toda claridad. En los últimos años se han escrito muchos estudios de gran calidad acerca de este texto bíblico, pero mi comprensión de este pasaje se basa en un sermón del Dr. Edmund P. Clowney que escuché predicar por primera vez hace alrededor de 30 años. Este sermón transformó mi entendimiento del cristianismo¹. Casi me sentía como si hubiese descubierto el fundamento secreto del cristianismo. A lo largo de los años he vuelto a esta parábola para predicar o aconsejar a partir de ella. He visto cómo, cuando explicaba su verdadero significado, animaba, iluminaba y ayudaba a más personas que cualquier otro pasaje².

Una vez fui al extranjero y prediqué este sermón a la audiencia a través de un intérprete. Poco después, el traductor me escribió para decirme que, a medida que predicaba el sermón, se había dado cuenta de que la parábola era como una flecha apuntando a su corazón. Después de un tiempo de lucha y reflexión, le llevó a tener fe en Cristo. Muchos otros me han contado que, una vez que entendieron esta historia de Jesús, recuperaron su fe, salvaron sus matrimonios e incluso, en algunos casos, literalmente su vida.

En los cinco primeros capítulos, revelaré el significado básico de la parábola. En el capítulo 6, demostraré cómo esta historia nos ayuda a ver la Biblia como un todo y, en el capítulo 7, cómo su enseñanza afecta a nuestra manera de vivir en el mundo.

No emplearé el nombre más común de esta parábola: la parábola del hijo pródigo. No está bien seleccionar solo a uno de los hermanos como el único en la historia. Incluso Jesús no la llama la parábola *del* hijo pródigo, sino que comienza la historia diciendo: “un hombre tenía *dos* hijos”. La narración habla del hermano mayor como del menor, y de la misma manera del padre y de los hijos. Y lo que Jesús dice sobre el hermano mayor es uno de los mensajes más importantes que nos comunica la Biblia. La parábola debería

haberse llamado de “los dos hijos perdidos”.

La palabra “pródigo” no significa “rebelde o caprichoso”, sino que, según el Diccionario de la Real Academia Española, es “Dicho de una persona: Que desperdicia y consume su hacienda en gastos inútiles, sin medida ni razón”; es decir, gastar hasta que no te quede nada. Este término, por tanto, es apropiado para describir al padre en la historia así como para el hijo menor. La bienvenida del padre al hijo arrepentido es literalmente excesiva y un desperdicio ya que se niega a tener en cuenta o calcular el pecado del hijo en contra suya o pedirle que le pague lo que le debe. Esta respuesta ofendió al hermano mayor y probablemente a la comunidad local.

En esta historia, el padre representa al Padre Celestial que Jesús conocía tan bien. Pablo escribe: *“Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones”* (2 Corintios 5:19 – LBLA). Jesús nos muestra al Dios que lo entregó o gastó todo y que no es otra cosa sino pródigo con nosotros, sus hijos. La gracia desmesurada de Dios es nuestra mayor esperanza, una experiencia que transforma vidas y el tema principal de este libro.

LA PARÁBOLA

Lucas 15:1-3, 11-32

(Basado en la Nueva Versión Internacional, con dos pequeños cambios del autor)

¹*Muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo, ²de modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos.» ³Él entonces les contó esta parábola.*

¹¹*Un hombre tenía dos hijos —continuó Jesús—. ¹²El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia”. Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. ¹³Poco después, el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. ¹⁴Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región, y él comenzó a pasar necesidad. ¹⁵Así que fue y consiguió*

empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. ¹⁶Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada. ¹⁷Por fin recapacitó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! ¹⁸Tengo que volver a mi padre y decirle: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros”. ²⁰Así que emprendió el viaje y se fue a su padre. Pero todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. ²¹El joven le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo”.

²²Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traed la mejor ropa para vestirlo. Ponedle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. ²³Traed el ternero más gordo y matadlo. Vamos a tener una fiesta, vamos a celebrar. ²⁴Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”. Así que empezaron a hacer fiesta.

²⁵Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile. ²⁶Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. ²⁷“Ha llegado tu hermano —le respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque ha recobrado a su hijo sano y salvo”. ²⁸Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera. ²⁹Pero él le contestó: “¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ³⁰¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!”

³¹“Hijo mío —le dijo su padre—, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. ³²Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”.

Las personas alrededor de Jesús

“Muchos se acercaban para escucharle”.

Dos tipos de personas

La mayoría de las interpretaciones de esta parábola se han centrado en la huida y regreso del hermano menor, el *“hijo pródigo”*. Sin embargo, así se pierde el verdadero mensaje de la historia porque hay dos hermanos, y cada uno de ellos representa una manera diferente de estar alejado de Dios y de buscar la entrada en el reino de los cielos.

Es crucial observar el marco histórico que el autor establece para la enseñanza de Jesús. En los dos primeros versículos del capítulo, Lucas cuenta que había dos grupos de personas que habían venido a escuchar a Jesús. En primer lugar, estaban los *“recaudadores de impuestos y los pecadores”*. Estos hombres y mujeres se correspondían con el hermano menor. No mantenían ni las normas morales de la Biblia, ni las reglas de pureza ceremonial que cumplían los religiosos judíos. Se dedicaban a una *“vida desenfrenada”*. Al igual que el hermano menor, se *“habían ido de casa”* al dejar las reglas de moralidad tradicionales de sus familias y de la sociedad. El segundo grupo que escuchaba era el de *“los fariseos y los maestros de la ley”*, a quienes representa el hermano mayor. Mantenían las leyes morales que les habían enseñado. Estudiaban y obedecían la Escritura. Adoraban fielmente y oraban con constancia.

Con pocas palabras, Lucas muestra qué diferente era la respuesta de cada uno de los grupos hacia Jesús. El verbo continuo en griego *“se acercaban”* transmite la idea de cómo Jesús atraía a los hermanos menores a su ministerio. Continuamente acudían en grupo a él. Este fenómeno desconcertaba e irritaba a las personas moralistas y religiosas. Lucas resume

su queja: “*Este hombre recibe a los pecadores y [incluso] come con ellos*”. Sentarse y comer con alguien en el antiguo Oriente Medio era un símbolo de aceptación. “¿Cómo se atreve Jesús a acercarse así a pecadores?” estaban diciendo. “¡Estas personas nunca vienen a nuestras celebraciones! ¿Por qué les interesa la enseñanza de Jesús? No puede estar diciéndoles la verdad como hacemos nosotros. ¡*Debe* estar diciéndoles lo que quieren oír!”

¿Así que a quién se dirige la enseñanza de Jesús en esta parábola? Es al segundo grupo, a los escribas y fariseos. Jesús comienza a contar la parábola como respuesta a su actitud. La parábola de los dos hijos considera ampliamente el alma del hermano mayor y encuentra su clímax en una persuasiva súplica para que cambie su corazón.

A lo largo de los siglos, cuando este texto se ha enseñado en la iglesia o en los programas educativos religiosos, el enfoque único ha sido el de cómo el padre recibe sin reservas al hijo menor arrepentido. La primera vez que escuché la parábola, me imaginaba a los oyentes originales de Jesús con lágrimas en los ojos mientras escuchaban cómo Dios les amaba y los recibía, sin importar lo que hubiesen hecho. Si lo vemos solo así, nos estamos dejando llevar por el sentimentalismo. El objetivo de esta historia no son los pecadores “rebeldes”, sino las personas religiosas que hacen todo lo que la Biblia requiere. Jesús no está tratando tanto con los inmorales de fuera, sino con los moralistas de dentro. Quiere mostrarles su ceguera, su estrechez de miras y su autojustificación. Quiere hacerles ver que estas actitudes están destruyendo tanto sus propias almas como las vidas de las personas a su alrededor. Por tanto, es un error pensar que Jesús cuenta esta historia en primer lugar para asegurar su amor incondicional a los hermanos menores.

No, los oyentes originales no estaban inundados en lágrimas por la historia, sino que estaban atónitos, ofendidos y enfurecidos. El propósito de Jesús no es enternecernos, sino hacer añicos nuestras ideas preconcebidas. A través de esta parábola, Jesús desafía lo que cualquiera haya pensado alguna vez acerca

de Dios, el pecado y la salvación. Su historia revela el egocentrismo destructivo del hermano menor, pero también condena con firmeza la vida moralista del hermano mayor. Jesús está diciendo que tanto los irreligiosos como los religiosos están perdidos espiritualmente, ambos estilos de vida llevan a callejones sin salida y que todas las ideas que la humanidad ha tenido acerca de cómo reconciliarse con Dios han sido erróneas.

Por qué a la gente le gusta Jesús pero no la iglesia

Tanto los hermanos mayores como los menores existen hoy en día, en la misma sociedad y a menudo en la misma familia.

Con frecuencia, el hijo mayor en una familia es el que complace a los padres, el responsable que obedece las normas que ellos imponen. El hermano más pequeño tiende a ser el rebelde, un espíritu libre que prefiere la compañía y la admiración de sus colegas. El hijo mayor crece, acepta un trabajo convencional y se instala cerca de papá y mamá, mientras que el hermano menor se marcha a vivir a un barrio viejo de moda en Nueva York o Los Ángeles.

Estas diferencias naturales y temperamentales se han acentuado en los últimos años. A comienzos del siglo XIX, la industrialización dio lugar a una nueva clase media, la burguesía, que buscaba legitimidad a través de una ética de trabajo y rectitud moral. En respuesta a la hipocresía y rigidez que se percibía en la burguesía, surgieron comunidades de bohemios, desde el París de 1840 de Henri Murger al círculo de Bloomsbury de Londres, a la generación Beat en Greenwich Village (Nueva York) y las escenas indie-rock de nuestros días. Los bohemios destacan la libertad sobre la tradición y la autonomía personal.

Hasta cierto punto, las conocidas como guerras culturales están manifestando esos mismos temperamentos e impulsos en conflicto en la sociedad moderna. Cada vez más personas se consideran hoy en día no

religiosas e incluso antirreligiosas. Creen que las cuestiones morales son realmente complejas y sospechan de cualquier individuo o institución que pretenda tener autoridad moral sobre las vidas de otros. A pesar de (o quizás debido a) el aumento de este espíritu secular, también ha habido un crecimiento considerable en los movimientos religiosos conservadores y ortodoxos. Alarmados por lo que perciben como un ataque del relativismo moral, muchos han decidido “retomar la cultura” y ver con desconfianza a los “hermanos menores” como hicieron los fariseos.

¿Así que de lado de quién está Jesús? En *El Señor de los Anillos*, cuando los hobbits le preguntan al viejo Bárbol de parte de quién está, les responde: “No estoy enteramente del lado de nadie, porque, nadie está enteramente de mi lado... Y hay algunas cosas, por supuesto, a cuyo lado yo *nunca* podría estar”.³ La respuesta de Jesús a esta pregunta, a través de la parábola, es parecida. No está de lado ni de los irreligiosos ni de los religiosos, aunque señala particularmente el moralismo religioso como un estado de muerte espiritual.

Es difícil que nos demos cuenta de esto hoy en día, pero cuando el cristianismo surgió por primera vez en el mundo, no se llamaba religión. Era la anti-religión. Imagina a los vecinos de los primeros cristianos haciéndoles preguntas acerca de su fe. “¿Dónde está vuestro templo?” preguntarían. Pero los cristianos responderían que no tenían un templo. “¿Pero cómo puede ser? ¿Dónde trabajan vuestros sacerdotes?” Los cristianos responderían que no tenían sacerdotes. “Pero... pero”, balbucearían los vecinos, “¿dónde celebráis los sacrificios para agradar a vuestros dioses?”. Los cristianos responderían que ya no hacían sacrificios. Jesús era el templo que acabaría con todos los templos, el sacerdote que terminaría con todos los sacerdotes y el sacrificio para concluir todos los sacrificios.⁴

Nunca nadie había escuchado algo así. De ahí que los romanos los llamaban “ateos” porque los cristianos estaban diciendo que su realidad espiritual era

única y no se podía clasificar con el resto de religiones del mundo. Esta parábola explica por qué tenían toda la razón en llamarlos ateos.

La ironía de esto no debería pasársenos por alto estando como estamos en medio de las guerras culturales modernas. Para la mayoría de gente en nuestra sociedad, el cristianismo es religión y moralismo. La única alternativa (además de cualquier otra religión en el mundo) es el secularismo pluralista. Pero esto no fue así desde el principio. El cristianismo fue reconocido como *tertium quid*, algo totalmente distinto.

Lo esencial aquí es que, en general, Jesús ofendía a los religiosos que cumplían las normas, pero intrigaba y atraía a los que estaban alejados de la religión y la moral. Lo vemos a lo largo de las narraciones del Nuevo Testamento sobre la vida de Jesús. En todos los casos en los que Jesús se encuentra con una persona religiosa y una marginada sexual (como Lucas 7) o una persona religiosa y una marginada racial (como Juan 3-4) o una religiosa y una marginada política (como Lucas 19), la marginada es la que conecta con Jesús y la que es como el hermano mayor no lo hace. Jesús dice a los respetables líderes religiosos que los “*recaudadores de impuestos y las prostitutas van delante de vosotros hacia el reino de Dios*” (Mateo 21:31).

La enseñanza de Jesús atraía constantemente a los irreligiosos mientras que ofendía a los creyentes y religiosos de esa época. Sin embargo, por lo general, nuestras iglesias no producen este efecto. El tipo de personas atraídas por Jesús no son las atraídas por las iglesias hoy en día, ni siquiera las más innovadoras. Tendemos a atraer a personas conservadoras, estiradas y moralistas. Los licenciosos y libertinos o los rotos y marginados evitan la iglesia. Eso solo puede significar una cosa. Si la predicación de nuestros pastores y la práctica de nuestras congregaciones no producen el mismo efecto en las personas que producía Jesús, entonces no debemos estar proclamando el mismo mensaje que Jesús. Si nuestras iglesias no atraen a los hermanos menores, deben estar más llenas de hermanos mayores de lo que

nos gustaría pensar.

Los dos hijos perdidos

“Un hombre tenía dos hijos”.

El hermano menor perdido

La historia de Jesús debería llamarse mejor la parábola de los dos hijos perdidos. Es una obra de teatro en dos actos, con el acto 1 llamado “El hermano menor perdido” y el acto 2 “El hermano mayor perdido”.

El acto 1 comienza con una breve, pero impactante, petición. El hijo menor viene al padre y le dice: *“Dame mi parte de la herencia”*. Los oyentes originales se debieron asombrar en gran manera con esta petición. No es que hubiese algo incorrecto en la expectativa del hijo de compartir los bienes familiares. En aquellos días, cuando el padre moría, el hijo mayor recibía el doble de lo que los otros hijos heredarían. Si un padre tenía dos herederos, el mayor habría recibido dos tercios de la herencia y el menor habría recibido un tercio.

Sin embargo, la división de la herencia solo tenía lugar cuando el padre moría. Aquí, el hijo menor pide la herencia *ahora*, lo cual era una gran falta de respeto, ya que hacerlo cuando el padre aún vivía era igual que desearle la muerte. El hijo menor estaba diciendo básicamente que quería las cosas de su padre, pero no a su padre. Su relación con el padre era un medio para poder disfrutar de sus bienes, y ahora estaba cansado de esa relación. Se quiere ir. *“Dame lo que es mío”*, dice ahora.

La respuesta del padre es aún más sorprendente que la petición. Se trataba de una sociedad intensamente patriarcal, en la que era de suma importancia mostrar numerosos gestos de sumisión y respeto por los mayores y, en particular, hacia los propios padres. Un padre tradicional del Oriente Medio

habría respondido a tal petición echando al hijo de la familia con nada más que unos cuantos golpes. Su padre no hace nada parecido. Simplemente “*repartió sus bienes entre los dos*”. Para entender el significado de esto, debemos observar que la palabra griega que se traduce por “bienes” es el término *bios*, que significa “vida”. Se podía haber usado una palabra más concreta para denominar capital, pero no fue así. ¿Por qué?

La riqueza de este padre habría consistido sobre todo en inmuebles y para conseguir un tercio de su valor neto tendría que haber vendido una buena parte de sus propiedades. En nuestra cultura cambiante y urbanizada, no entendemos la relación de las personas de generaciones anteriores con su tierra o propiedad. Veamos un verso en el musical *Oklahoma!* de Rodgers y Hammerstein: “¡Oh, sabemos que pertenecemos a la tierra y la tierra a la que pertenecemos es excelente!” Nótese que no dice que la tierra les pertenezca, sino más bien que ellos pertenecen a *ella*. Esto resume bien cómo la identidad de las personas en el pasado estaba ligada a su lugar, a su tierra. Perder parte de tu tierra era como perder parte de uno mismo y del prestigio en la comunidad. Todos hemos escuchado las historias de empresarios poderosos y con éxito, hombres y mujeres, renunciando a sus carreras con el fin de cuidar a un niño herido y necesitado. Aunque no es un paralelismo exacto, esto es lo que el padre hace.

En resumidas cuentas, el hermano menor está pidiendo a su padre que destroce su propia vida. Y el padre lo hace, lo hace por amor a su hijo. La mayoría de los oyentes de Jesús nunca habían visto a un patriarca de Oriente Medio reaccionar así. El padre soporta con paciencia una terrible pérdida de honor así como todo el dolor de ver su amor rechazado. En general, cuando alguien no acepta nuestro amor nos enfadamos, contraatacamos y hacemos lo que sea necesario para reducir nuestro afecto por esa persona, para que no nos duela tanto. Pero este padre mantiene su afecto por su hijo y soporta la agonía.

El plan del hermano menor

Ahora llegamos a la escena 2 del acto 1. El hijo se va “*a un país lejano*” y despilfarra todo lo que tiene en una vida sin control. Cuando está literalmente hundido, en el barro con los cerdos, “*recapacita*” y establece un plan. Primero, se dice a sí mismo, regresará a su padre y admitirá que ha actuado mal y que ha perdido el derecho de ser su hijo. Pero, en segundo lugar, tiene la intención de pedir a su padre “*trátame como si fuese uno de tus jornaleros*”.

Es una petición muy concreta. Los sirvientes trabajaban y vivían en la propiedad. Pero los “jornaleros” eran comerciantes y artesanos que vivían en los pueblos y ganaban un salario. Muchos comentaristas creen que la estrategia del hijo era algo así. Este hijo menor había deshonorado a su familia y, por tanto, a la comunidad entera. Estaba “muerto” para ellos, como el padre lo expresa. Los rabís enseñaban que, si habías violado las normas de la comunidad no era suficiente una disculpa, tenías que restituir el daño. El hijo intenta decir: “Padre, sé que no tengo el derecho de volver a la familia. Pero si me colocas de aprendiz de uno tus jornaleros para que pueda aprender un oficio y ganar un salario, entonces al menos podré empezar a pagar mi deuda”. Ese era su plan. Ahí, en la pocilga, el hijo menor ensaya su discurso. Cuando siente que está preparado para la confrontación, se levanta y comienza el camino a casa.

Llegamos a la tercera y última escena. El hijo pequeño se acerca a la casa. El padre le ve y corre – ¡*corre* hacia él! –. Como regla general, los patriarcas distinguidos de Oriente Medio no corrían. Quizás corriesen los niños, las mujeres, los jóvenes, pero no los padres de familia, el pilar más distinguido de la comunidad, el dueño de una gran propiedad. No se arremangaría las túnicas y dejaría al aire las piernas como un chiquillo. Pero este padre lo hace. Corre hacia su hijo y, mostrando sus emociones abiertamente, le abraza y le besa.

Sin duda, esto debió pillar por sorpresa al hermano menor. Desconcertado, intenta dar a conocer su plan de restitución. El padre le interrumpe, no solo ignorando su discurso ensayado, sino contradiciéndole. “¡Pronto!”, indica a sus sirvientes. “*¡Traed la mejor ropa para vestirlo!*”. ¿Qué está diciendo?

La mejor ropa de la casa hubiese sido la propia túnica del padre, la señal inequívoca de la restauración ocurrida en la familia. El padre está diciendo: “No voy a esperar a que pagues toda la deuda, ni a que te humilles como mereces. No vas a ganarte de nuevo la entrada en la familia, simplemente voy a aceptarte. Cubriré tu desnudez, pobreza y harapos con la ropa de mi posición y honor”.

Ordena a los sirvientes que preparen un banquete de celebración, con el “*ternero más gordo*” como el plato principal. En esa sociedad, la mayoría de las comidas no incluían carne, era una exquisitez cara. La carne se reservaba para ocasiones especiales y fiestas. Pero no había carne que fuese más cara que el ternero más gordo. Para celebrar un banquete así tenía que ser algo que solo ocurriese en contadas ocasiones y es probable que todo el pueblo estuviese invitado. Pronto corrió la voz y en poco tiempo había una verdadera fiesta con música y baile, todo para celebrar la restauración del hijo menor a la vida, a la familia y a la comunidad.

¡Qué escena! El padre se tiene que enfrentar al estado más peligroso y envenenado del hermano mayor en el acto 2. Pero el acto 1 ya desafía la opinión del hermano mayor con un mensaje sorprendente: el amor de Dios y su gracia pueden perdonar y restaurar cualquier pecado u ofensa. No importa quién eres ni lo que has hecho. No importa si has oprimido o incluso asesinado a gente, o cuánto has abusado de ti mismo. El hermano menor sabía que en la casa del padre había “comida de sobra”, pero también descubrió que había gracia de sobra. No hay ningún mal que el amor del padre no pueda perdonar y cubrir, y no hay pecado que desafíe a su misericordia.

El acto 1, por tanto, manifiesta la generosa prodigalidad de la gracia de Dios. Jesús muestra al padre lanzándose lleno de amor a su hijo, no solo antes de que tenga la oportunidad de recomponer su vida y la prueba de un corazón transformado, sino antes incluso de que pueda recitar su discurso de arrepentimiento. Nada, ni siquiera el remordimiento humillado, merece el favor de Dios. El amor del Padre y su aceptación son totalmente gratuitos.

Pese a toda su belleza, el acto 1 no puede ir solo. Hay muchos comentaristas que únicamente se centran en el acto 1 y que concluyen que esta parábola contradice la doctrina cristiana tradicional. “Mirad”, dicen, “no hay mención de la expiación por el pecado. No hay necesidad de un salvador en una cruz que paga por el pecado. Dios es un Dios de amor universal que acepta a todos sin condición, sea como sea”.

Si este fuese el mensaje, Jesús habría terminado la narración aquí. Pero no lo hizo, porque no es ese. Mientras que el acto 1 nos habla de la gracia gratuita de Dios, el acto 2 nos presenta el alto precio de esa gracia y el verdadero clímax de la historia.

El hermano mayor perdido

Cuando el hermano mayor se entera, por los sirvientes, de que su hermano pequeño ha regresado y su padre le ha aceptado de nuevo en la familia, se pone furioso. Ahora es su turno de deshonestar a su padre.

Se niega a entrar en lo que quizás sea la mayor fiesta y acontecimiento público que haya organizado jamás su padre. Se queda en la puerta, expresando así en público que no confía en la forma que su padre está actuando. Esto obliga al padre a salir a hablar con su hijo mayor, algo deshonesto cuando eres el señor de la mansión y el anfitrión de una gran fiesta. Comienza a rogarle a su hijo mayor que entre, pero este se niega a hacerlo.

¿Por qué está el hermano mayor tan furioso? Sobre todo le molesta con el coste de todo lo que está ocurriendo. Dice: “*A mí nunca me has dado un cabrito para una fiesta, ¿cómo se te ocurre darle a él el ternero?*”. Sin embargo, el ternero más gordo es solo un símbolo, ya que lo que el padre ha hecho cuesta mucho más que el ternero. Al aceptar al hijo pequeño en la familia le ha declarado heredero, le ha vuelto a conceder un tercio de su (ahora muy reducida) riqueza familiar. Esto es inadmisibile para el hijo mayor. Está haciendo las cuentas. “¡Me he matado a trabajar y he ganado lo que he recibido pero mi hermano no ha hecho nada para ganar algo; ciertamente, él solo merece que le expulsen, y aún así le agasajas con riqueza! ¿Dónde está ahí la justicia?” Es por eso que el hijo mayor hace referencia a su trayectoria. “¡Nunca te he desobedecido! ¡Así que tengo derechos!” Está diciendo. “¡Merezco que se me consulte acerca de esto! No tienes derecho a tomar estas decisiones unilateralmente”.

Así que el enfado del hermano mayor le lleva a insultar aún más al padre. No se dirige a él con la manera cuidadosa y respetuosa que los inferiores deben a los superiores en esa cultura, sobre todo en público. No dice “estimado padre”, sino tan solo “¡Fíjate!”, que es igual a “¡Tú, fíjate!”. En una cultura donde el respeto y la sumisión a los mayores era tan importante, era intolerable un comportamiento así. Un equivalente moderno sería un hijo escribiendo una biografía pública que destruye la reputación y la carrera de su padre.

Finalmente, llegamos al desenlace. ¿Cómo responderá el padre a la rebeldía abierta de su hijo? ¿Qué hará? Un hombre de su tiempo y posición habría repudiado a su hijo en el acto. Sin embargo, responde de nuevo con una ternura increíble. “Hijo mío”. comienza, “a pesar de que me has insultado en público, quiero que estés en la fiesta. No voy a repudiar a tu hermano, pero tampoco te quiero repudiar a ti. Te animo a dejar a un lado tu orgullo y entrar en la fiesta. La decisión es tuya. ¿Entrarás o no entrarás?” Es una súplica inesperadamente amable e increíble.

Los oyentes están en vilo. ¿Se reunirá al final la familia sin rencillas y con amor? ¿Se reconciliarán los hermanos? ¿Se ablandará el hermano mayor por esta extraordinaria oferta y se reconciliará con el padre?

Mientras pensamos en todo esto, ¡la historia se acaba! ¿Por qué Jesús no termina el relato y nos dice qué es lo que pasó? Es porque la verdadera audiencia de esta historia son los fariseos, los hermanos mayores. Jesús está rogando a sus enemigos que respondan a su mensaje. ¿Cuál es ese mensaje? La respuesta a esta pregunta surgirá a medida que dediquemos tiempo en el próximo capítulo a estudiar los puntos principales que Jesús quiere dar a entender aquí. En resumen, Jesús está redefiniendo todo lo que pensábamos que sabíamos sobre cómo estar conectados con Dios. Está redefiniendo el pecado, lo que significa estar perdido y lo que significa ser salvo.

Redefinición de pecado

“Cuántos años te he servido”.

Dos caminos para encontrar la felicidad

Jesús emplea a los hermanos menores y mayores para describir dos caminos básicos que usa la gente para encontrar la felicidad y la realización de uno mismo: el camino de la *conformidad moral* y el del *autodescubrimiento*. Cada uno actúa como una lente que colorea cómo ves la vida, o como un paradigma que da forma al entendimiento que tienes de todo. Cada camino es una manera de encontrar valor y significado personal, de enfrentarse a los males del mundo y distinguir el bien del mal.

El hermano mayor en la parábola ilustra el camino de la conformidad moral. Los fariseos del tiempo de Jesús creían que, aunque eran el pueblo escogido de Dios, solo podían mantener las bendiciones y recibir la salvación final a través de una obediencia estricta de la Biblia. Hay innumerables variantes de este paradigma, pero todos creen que hay que poner la voluntad de Dios y las normas de la comunidad por delante de la realización individual. Desde esta perspectiva, solo podemos conseguir la felicidad y un mundo correcto si logramos la rectitud moral. Podemos fallar, por supuesto, pero entonces se nos juzgará por lo miserable e intenso que sea nuestro arrepentimiento. Desde este punto de vista, incluso en nuestros fallos siempre debemos dar la talla.

El hermano menor en la parábola ilustra el camino del autodescubrimiento. En las culturas antiguas patriarcales algunos siguieron por este camino, pero en la actualidad el número es mucho mayor. Este paradigma defiende que los individuos deben ser libres para alcanzar sus propios sueños y la realización a pesar de las costumbres y tradiciones. Desde este punto de vista, el mundo

sería un sitio mucho mejor si la tradición, prejuicios, autoridad jerárquica y otras barreras de la libertad personal disminuyesen o desapareciesen.

La película *Único testigo* retrata de manera elocuente estas dos maneras de vivir (que inevitablemente chocan entre sí). En la historia, la viuda Amish, Raquel, se enamora del policía, que no es un Amish, John Book. Su suegro, Eli, la advierte de que eso está prohibido y de que los ancianos tendrán que castigarla. Además, declara que está actuando como una niña. “Yo seré la jueza de todo esto” responde ella. “No, ellos serán los que te juzgarán... y yo también... si me avergüenzas”, dice él, con fiereza. “Te avergüenzas a ti mismo”, responde Raquel, alterada pero orgullosa, y entonces se aparta de él.⁵

Aquí tenemos una representación concisa de los dos caminos. La persona en el camino de la autodeterminación moral dice: “No voy a hacer lo que quiero, sino lo que la tradición y la comunidad quieren que haga”. La persona que elige el camino del autodescubrimiento dice: “Yo soy el único que puede decidir lo que está bien o mal para mí. Voy a vivir como yo quiero vivir y encontrarme a mí mismo y la felicidad como a mí me da la gana”.

Nuestra sociedad occidental está tan dividida entre estos dos enfoques que es difícil que nadie pueda concebir otra manera de vivir. Si criticas o te distancias de uno, todo el mundo asume que has decidido seguir el otro, ya que cada uno de estos enfoques tiende a dividir al mundo en dos grupos. Los conformistas morales: “Los inmorales, los que van a lo suyo, son el problema del mundo, y los morales son la solución”. Los defensores de la autodeterminación: “Los intolerantes, las personas que dicen: “tenemos la verdad”, son el problema del mundo, y las personas progresistas son la solución”. Cada grupo declara: “Nuestro camino es el modo de arreglar el mundo, y si no estás con nosotros, estás contra nosotros”.

¿Entonces podemos concluir que todo el mundo pertenece a una de estas dos categorías? Sí y no. Un gran número de personas tienen caracteres que

les predisponen bien a una vida de conformidad moral o bien de autodeterminación. Sin embargo, algunos van y vienen, prueban primero una estrategia y después la otra en las diferentes épocas de su vida. Muchos han intentado aplicar el paradigma de conformista y este les destrozó, por lo que dieron un giro radical hacia una vida de autodeterminación. Otros siguen la trayectoria contraria.

Algunas personas combinan ambos enfoques bajo la misma personalidad. Hay hermanos mayores que parecen muy tradicionales que, como una válvula de escape, mantienen una vida secreta de hermano menor. Las operaciones policiales para pillar a depredadores sexuales en internet que buscan a adolescentes, atrapan con regularidad a personas religiosas, incluyendo a muchos del clero. De nuevo hay muchas personas muy liberales e irreligiosas según sus ideas y su estilo de vida, que miran a los conservadores religiosos con la misma superioridad moral y condescendencia del peor de los fariseos.

A pesar de estas variaciones, estos son los dos enfoques básicos de vida. El mensaje de esta parábola de Jesús es que ambos están equivocados. Su parábola ilustra una alternativa radical.

Dos hijos perdidos

En el acto 1, Jesús nos ofrece con la figura del hermano menor una representación del pecado que cualquiera podría reconocer. El joven deshonra a su familia y vive una vida depravada y con excesos. Está totalmente fuera de control. Se ha alejado de su padre, que representa a Dios en la historia. Cualquiera que viviese así sería expulsado del lado de Dios, como habrían coincidido todos los oyentes de la parábola.

No obstante, en el acto 2, la historia se centra en el hermano mayor. Es meticuloso en su obediencia al padre; por lo tanto, por analogía también lo es a los mandamientos de Dios. Está bajo control y es autodisciplinado. Así que tenemos dos hijos, uno “malo” según las normas tradicionales, y otro

“bueno”, pero ambos están alejados del padre. El padre tiene que ir e invitar a cada uno de ellos a entrar en el festín de su amor. Así que no hay solo un hijo perdido en esta parábola, hay dos.

Pero el acto 2 llega a una conclusión impensable. Jesús, el narrador de historias, deja a propósito al hermano mayor distanciado del padre. El hijo malo entra en el banquete del padre, pero el hijo bueno no. El amante de prostitutas es salvo, pero el hombre recto moralmente aún está perdido. Casi podemos escuchar la respiración entrecortada de los fariseos cuando la historia acaba. Era todo lo contrario a lo que les habían enseñado.

Jesús no lo deja simplemente así. Todo se vuelve aún más chocante. ¿Por qué el hermano mayor no entra? Él mismo da la razón: “Porque nunca te he desobedecido”. El hermano mayor no pierde el amor del padre a pesar de lo bueno que hace, es *debido* a ello. No son sus pecados los que crean una barrera entre él y su padre, es el orgullo que tiene en su buena conducta; no son sus malos actos, sino su rectitud la que le impide compartir el banquete con su padre.

¿Cómo puede ser? La respuesta es que los corazones de los hermanos y los dos tipos de vida que representan se parecen mucho más de lo que se piensa al principio.

¿Qué era lo que más quería el hijo menor en la vida? Le fastidiaba tener que compartir los bienes del padre bajo la supervisión de este. Quería tomar sus propias decisiones y tener el control sin trabas de su parte de las riquezas. ¿Cómo lo consiguió? Hizo un movimiento atrevido, un claro desafío a las normas de la comunidad, una declaración de independencia completa.

¿Qué era lo que más quería el hijo mayor? Si reflexionamos, nos damos cuenta de que quería lo mismo que su hermano. Estaba tan resentido con el padre como el hijo menor. Él también quería los bienes del padre más que al propio padre. Sin embargo, mientras que el hermano pequeño se fue lejos, el

mayor se quedó cerca “sin desobedecer”. Era su manera de tener el control. La petición que tiene, pero que no dice, es: “¡Nunca te he desobedecido! Ahora tienes que actuar en mi vida como yo quiera”.

Los corazones de los dos hermanos eran iguales. Ambos hijos estaban resentidos con la autoridad del padre y buscaban la manera de librarse de ella. Los dos querían alcanzar una posición en la que pudieran decirle al padre lo que tenía que hacer. Es decir, cada uno se rebeló, pero uno lo hizo siendo muy malo y el otro siendo demasiado bueno. Los dos estaban lejos del padre, ambos eran hijos perdidos.

¿Te das cuenta de lo que está enseñando Jesús? Ninguno de los dos hijos amaba al padre. Ambos querían usarle para sus propios fines egoístas y no amarle, ni disfrutar de él ni servirle por amor a él. Esto muestra que puedes rebelarte en contra de Dios y estar lejos de él por romper las reglas o bien por cumplirlas todas con esmero.

Es un mensaje impactante: una obediencia cuidadosa a la ley de Dios puede convertirse en una estrategia de rebelarse contra Dios.

Una comprensión más profunda del pecado

Con esta parábola, Jesús aporta un concepto más profundo de “pecado” que el que cualquiera de nosotros podríamos haber dado. La mayoría de las personas piensan que el pecado es fallar a la hora de cumplir las normas de conducta de Dios, pero, además de incluir esta idea, la definición de Jesús aún va más allá.

En la novela *Sangre sabia*, Flannery O'Connor dice acerca del personaje Hazel Motes que “había en él una convicción profunda, oscura y silenciosa de que la manera de evitar a Jesús era evitar el pecado”.⁶ Es una percepción perspicaz. Puedes evitar a Jesús como Salvador cumpliendo con todas las leyes morales. Si lo haces, entonces tienes “derechos”. Dios está en deuda contigo y tiene que contestar a tus oraciones, darte una buena vida y una

entrada al cielo cuando te mueras. No necesitas un salvador que te perdona por pura gracia; tú eres tu propio salvador.

Está es, sin duda, la actitud del hermano mayor. ¿Por qué está tan enfadado con el padre? Siente que tiene el derecho de decirle cómo debería hacer uso de las ropas, anillos y el ganado de la familia. Del mismo modo, las personas religiosas viven vidas íntegras, pero su objetivo es poder influenciar a Dios, controlarle y ponerle en una posición en la que él les debe algo a ellos. Por lo tanto, a pesar de toda su piedad y comportamiento éticos, en realidad se están rebelando en contra de su autoridad. Si, al igual que el hermano mayor, crees que Dios debe bendecirte o ayudarte porque has trabajado tanto para obedecerle y ser una buena persona, entonces Jesús puede ser tu ayuda, tu ejemplo e incluso tu inspiración, pero no es tu salvador. Estás haciendo de ti mismo tu propio salvador.

La misma motivación y objetivo subyacen bajo los patrones de conducta tan opuestos de los hermanos. Ambos están usando al padre de diferentes maneras para obtener lo que sus corazones realmente desean. Era la riqueza, no el amor del padre, lo que ellos creían que les haría felices y los satisfaría.

Al final de la historia, el hermano mayor tiene la oportunidad de deleitar realmente al padre acudiendo al banquete, pero su rencor y rechazo muestran que su meta nunca ha sido la felicidad del padre. Cuando este acepta de nuevo al hijo menor disminuyendo la parte que le corresponde al mayor en la herencia, su corazón queda al descubierto. Hace todo lo posible para hacer daño y resistir a su padre.

Si, como el hermano mayor, buscas controlar a Dios a través de tu obediencia, entonces todos tus valores morales son una manera de usar a Dios para que te dé todo lo que de verdad quieres en la vida. Un claro ejemplo de esta situación es el trato que establece el joven Salieri con Dios en la obra de Peter Shaffer *Amadeus*:

Te quiero ofrecer secretamente la mejor oración que un niño podría

pensar: “¡Señor, hazme un gran compositor! ¡Deja que celebre tu gloria a través de la música y yo también sea reconocido! ¡Haz que sea famoso en todo el mundo, querido Dios! ¡Haz que sea inmortal! ¡Después de morir, que la gente diga mi nombre por amor a lo que escribí! A cambio, te doy mi castidad, trabajo y mi más profunda humildad, cada hora de mi vida. Y ayudaré a mis prójimos todo lo que pueda. ¡Amén y amén!

Comienza una vida bajo un juramento a Dios. Se aparta de las mujeres, trabaja con esmero en la música, enseña gratis a muchos músicos y no deja de ayudar a los pobres. Su carrera prospera y cree que Dios está cumpliendo con su parte del trato. Entonces, aparece Mozart con un talento musical muy superior al de Salieri. Sin duda, era Dios el que le había otorgado tal don. Amadeus, el segundo nombre de Mozart, significa “amado por Dios” aunque es un vulgar y caprichoso “hermano menor”. El talento con el que pródigamente Dios había colmado a Mozart generó una crisis de fe en el corazón de hermano mayor de Salieri. Sus palabras guardan un parecido extraordinario a las del hermano mayor en la parábola:

Era incomprensible... Yo estaba negando toda mi lujuria personal con el fin de merecer el don de Dios y ahí estaba Mozart permitiéndose todos los placeres del mundo, incluso estando comprometido para casarse, ¡y ninguna reprimenda de ningún tipo!

Al final, Salieri le dice a Dios: “De ahora en adelante, somos enemigos, tú y yo”, y a partir de ahí trata de destruir a Mozart.⁷ Por desgracia, en la obra de Shaffer, Dios permanece callado, al contrario que el padre en la parábola de Jesús, que sale a rescatar al hermano mayor incluso cuando comienza a ahogarse en la amargura, el odio y la desesperación que al final destruyen a Salieri.

Los concienzudos esfuerzos de ser casto y caritativo son, al final, egoístas. Dios y los pobres solo eran instrumentos útiles. Se dijo a sí mismo que estaba

sacrificando su tiempo y el dinero por los pobres y por Dios, pero en realidad no era ningún sacrificio. Lo estaba haciendo para sí mismo, para obtener más fama, fortuna y autoestima. “Me gustaba”, dijo Salieri, “... hasta que *él* llegó: Mozart”. El momento en el que se da cuenta de que su servicio a Dios y a los pobres no le estaba dando a él la gloria que se le antojaba, su corazón se volvió homicida. Enseguida, el Salieri respetable e íntegro es capaz de llevar a cabo un mal mucho mayor que el del inmoral y vulgar Mozart. Mientras el Mozart de *Amadeus* es irreligioso, es el devoto Salieri el que acaba en un mayor estado de separación de Dios, del mismo modo que en la parábola de Jesús.

Esta actitud puede ser más sutil que en la vida de Salieri. Conocí a una mujer que había trabajado durante años en un ministerio cristiano. Cuando, en la mediana edad, le diagnosticaron una enfermedad crónica, cayó en la desesperación. Al final, reconoció que en el fondo de su corazón había sentido que Dios le debía una vida mejor, después de todo lo que había hecho por él. Esa conjetura hizo que fuese muy difícil para ella salir del hoyo, aunque al final lo logró. La clave de su mejora fue reconocer la actitud que tenía de hermano mayor.

Los hermanos mayores obedecen a Dios para conseguir cosas. No le obedecen para conseguir a Dios mismo, con el fin de parecerse a él, amarle, conocerle y disfrutar de él. Así que los religiosos y moralistas pueden evitar a Jesús como Salvador y Señor, tanto como los hermanos menores que no creen en Dios y definen por sí mismos lo que está bien o mal.

Entonces, aquí vemos la redefinición radical de Jesús de lo que está mal con nosotros. Casi todos definimos pecado como la infracción de una lista de normas. Jesús, sin embargo, nos muestra que quien supuestamente no ha incumplido nada de la lista de comportamientos morales puede estar tan perdido espiritualmente como la persona más libertina e inmoral. ¿Por qué? Porque el pecado no solo consiste en romper las normas, sino en ponerse uno

mismo en el lugar de Dios como Salvador, Señor y Juez, como hizo cada uno de los hijos para quitar la autoridad del padre en cada una de sus vidas.

El joven Salieri lo habría negado con rotundez si alguien le hubiese dicho que era esto lo que estaba haciendo. ¿No estaba cumpliendo la voluntad de Dios en vez de la suya al ser casto y caritativo, no estaba honrando y sometándose a Dios? Pero al querer que Dios le debiese algo e intentar controlarle a través de sus buenas obras, en vez de confiar en su pura gracia, estaba actuando como su propio salvador. Cuando se resintió terriblemente contra Mozart, seguro de que Dios estaba siendo injusto, se estaba poniendo en el lugar de Dios como juez.

Hay dos maneras en las que puedes ser tu propio salvador y señor. Una es rompiendo las leyes morales y estableciendo tu propio camino, y la otra es manteniendo todas las normas y siendo muy, pero que muy bueno.

Los dos equivocados: los dos amados

Jesús no divide el mundo entre morales como “la gente buena” y los inmorales como “la gente mala”. Nos muestra que todos nos dedicamos a salvarnos a nosotros mismos y usamos a Dios y a otros para conseguir poder y control sobre nuestra vida. Lo único es que lo hacemos de diferentes formas. Aunque ambos hijos están equivocados, el padre se preocupa por ellos y les invita de nuevo a su amor y a su banquete.

Esto significa que el mensaje de Jesús, que es “el evangelio”, es un tipo de espiritualidad totalmente distinto. El evangelio de Jesús no es religión o irreligión, moralidad o inmoralidad, moralismo o relativismo, conservadurismo o liberalismo. Tampoco lo podemos situar en el medio del espectro de ambos polos; es algo totalmente diferente.

El evangelio es distinto a los otros dos enfoques: según su punto de vista, todos están equivocados, todos son amados y todos están llamados a

reconocerlo y cambiar. Al contrario, los hermanos mayores dividen el mundo en dos: “Las personas buenas (como nosotros) están dentro y las malas, que son el verdadero problema del mundo, están fuera”. Los hermanos menores, aunque no crean para nada en Dios, hacen lo mismo y dicen: “No, las personas abiertas y tolerantes están dentro y las intolerantes y cerradas, que son el verdadero problema del mundo, están fuera”.

Pero Jesús dice: “Los humildes están dentro y los orgullosos fuera” (véase Lucas 18:14).⁸ Los que confiesen que no son buenos ni abiertos están yendo en dirección a Dios, porque el prerrequisito para recibir la gracia de Dios es saber que la necesitas. Los que piensan que están bien, gracias, se están distanciando de Dios. *“El Señor... se ocupa de los humildes, pero se mantiene distante de los orgullosos”* (Salmo 138:6 – Nueva Traducción Viviente).

Cuando un periódico hizo la siguiente pregunta: “¿Qué es lo que está mal en el mundo?”, el pensador católico G. K. Chesterton escribió una breve carta en la que respondió: “Estimados señores: Soy yo. Atentamente, G. K. Chesterton”. Esa es la actitud de alguien que ha comprendido el mensaje de Jesús.

Aunque los dos hijos están equivocados y ambos son amados, la historia no termina del mismo modo para cada uno. ¿Por qué Jesús construye el relato de manera que hay uno que es salvo, con una relación restaurada con el padre, y el otro no? (Al menos, no antes de que termine la historia). Quizás sea porque Jesús está intentando decir que aunque ambos intentos de salvarse a uno mismo son incorrectos, los dos no son igual de peligrosos. Ahora vemos una de las ironías de la parábola. La huida del hijo menor del padre es obvia. Abandonó al padre literal, física y moralmente. Aunque el hijo mayor se quedó en casa, en realidad estaba más distanciando y lejos del padre que su hermano, ya que no veía su estado. Se hubiese ofendido en gran manera si alguien le hubiese sugerido que se estaba rebelando en contra del amor y la

autoridad del padre, pero en realidad lo estaba haciendo.

Debido a que el hermano mayor está ciego a lo que está haciendo, ser un fariseo “hermano mayor” es un estado espiritual más desesperado. “¿Cómo te atreves a decir eso?” es como responden los religiosos si les dices que su relación con Dios no está bien. “Estoy ahí siempre que se abren las puertas de la iglesia”. Jesús dice: “eso no importa”.

Nunca nadie había enseñado algo así.

Redefinición de perdido

“El hermano mayor se enojó y no quiso entrar”.

Enojo y superioridad

Jesús a menudo habla del pecado y la salvación bajo las metáforas de estar “perdido” y “encontrado”. El capítulo 15 del evangelio de Lucas tiene tres parábolas que Jesús cuenta a los líderes religiosos. La primera es sobre un pastor que descubre que una de sus ovejas se ha perdido. La segunda es acerca de una mujer que descubre que ha perdido una de sus monedas. Y, como ya hemos visto, la tercera es sobre dos hijos que, aunque en diferentes maneras, ambos están perdidos. En otro lugar, Jesús resume su ministerio como una operación de rescate, vino *“a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lucas 19:10).

¿Qué significa estar perdido espiritualmente? En la parábola, se ve con claridad que el hermano menor está perdido cuando acaba en la pocilga. Se ha quedado sin amigos, dinero y recursos porque ha tenido un comportamiento caprichoso, indisciplinado y estúpido. Le ha llevado a un derrumbe total en la vida. En este momento, el hermano menor se da cuenta de que “ha perdido el rumbo” e intenta restablecer su vida.

Sin embargo, en esta parábola Jesús quiere que discernamos otra forma de estar perdido más sutil, pero no por ello menos devastadora. Una vez tenemos un mayor conocimiento de la definición de pecado que da Jesús, deberíamos saber reconocerlo y es esencial que lo hagamos. Lo llamaremos “estado perdido de hermano mayor”. Supone tanta miseria y conflicto como el otro tipo. Un vistazo más de cerca al hermano mayor nos ayuda a discernir sus características.

Vemos que el hermano mayor “se enojó”. Todo lo que dice está impregnado de resentimiento. La primera señal de que tienes la actitud de hermano mayor es que, cuando la vida no es como tú quieres, no solo estás afligido, sino muy enfadado y amargado. Los hermanos mayores creen que, si viven una vida buena, deberían tener una buena vida; Dios está obligado a darles un camino de rosas si intentan de todo corazón vivir según sus normas.

¿Qué ocurre entonces cuando eres un hermano mayor y las cosas van mal en tu vida? Si sientes que has estado a la altura de las reglas morales, estarás furioso con Dios. No te mereces esto, piensas, ¡después de todo el esfuerzo que has puesto por ser una persona decente! Sin embargo, ¿qué ocurre cuando las cosas van mal en tu vida, pero sabes que no has cumplido con las normas? Estarás furioso contigo mismo, lleno de autodesprecio y dolor interior. Y si vives circunstancias difíciles y no estás seguro de si has vivido una vida lo suficientemente buena o no, estarás en un vaivén entre “¡Te odio!” y “¡Me odio a mí mismo!”.

La incapacidad de enfrentarse al sufrimiento de los hermanos mayores surge del hecho de que su cumplimiento de las normas se basa en los resultados. La vida buena que viven no es por amor a las buenas obras, sino una manera calculada de controlar su ambiente.

Elisabeth Elliot cuenta una historia apócrifa (no aparece en la Biblia) sobre Jesús que transmite la diferencia entre el egoísmo que se basa en resultados y la fidelidad nacida del amor.

Un día, Jesús les dijo a sus discípulos: “Querría que llevaseis una piedra por mí”. No dio ninguna explicación. Así que los discípulos buscaron a su alrededor una piedra que llevar, y Pedro, que era muy práctico, se llevó la piedra más pequeña que pudo encontrar. Después de todo, ¡Jesús no había dado ninguna instrucción del peso o el tamaño! Así que la metió en el bolsillo. Entonces Jesús dijo: “Seguidme”. Les llevó de viaje. Al mediodía, Jesús hizo que todos se

sentasen. Con un gesto suyo todas las piedras se convirtieron en pan. Dijo: “Es la hora de comer”. En cuestión de segundos, la comida de Pedro se terminó. Cuando se acabó el tiempo de almuerzo, Jesús les dijo que se pusiesen en pie. De nuevo dijo: “Querría que llevaseis una piedra por mí”. Esta vez Pedro dijo: “¡Ajá! ¡Ya lo pillo!”. Así que miró a su alrededor y vio una roca. La cargó a la espalda y le dolía, le hacía incluso tambalearse. Pero dijo: “No puedo esperar para la cena”. Entonces, Jesús dijo: “Seguidme”. Los llevó de viaje y Pedro casi no era capaz de seguir el ritmo. Alrededor de la hora de la cena, Jesús les llevó hasta la orilla del río. Les dijo: “Ahora todos tirad las piedras al agua”. Lo hicieron. Entonces dijo: “Seguidme” y comenzó a caminar. Pedro y los otros le miraron perplejos. Jesús suspiró y dijo: “¿No recordáis lo que os pedí? ¿Para quién estabais llevando la piedra?”.⁹

Del mismo modo que Pedro, los hermanos mayores esperan una recompensa por sus buenas obras y, si no existe, hay confusión y rabia. Si crees que ser bueno y decente es la manera para conseguir que Dios te dé una buena vida, te verás consumido por el enfado ya que la vida nunca funciona como queremos que sea. Siempre sentirás que se te debe más de lo que estás recibiendo. Siempre verás a alguien a quien le va mejor que a ti en algún aspecto de la vida y te preguntarás: “¿Por qué esta persona sí y yo no? ¡Después de todo lo que he hecho!”. Este resentimiento es por tu propia culpa. La prosperidad de la otra persona no es la causa, sino tu propio esfuerzo por controlar la vida a través de tu conducta. La fuerte corriente de enfado que esto causa quizás no te convertirá en un asesino, como hizo con Salieri, pero hará que constantemente tropieces en la vida.

También vemos que el hermano mayor tiene un sentido muy marcado de superioridad. Señala cuanto mejor que es su buena conducta que la del amante de prostitutas. Con un lenguaje despectivo (“ese hijo tuyo...”), no reconocerá a su hermano como hermano nunca más.

Los hermanos mayores basan su propia imagen en ser trabajadores, o íntegros, o miembros de un club de élite, o extremadamente inteligentes y espabilados. Esto lleva inevitablemente a sentirse superior a aquellos que no tienen las mismas cualidades. De hecho, la comparación competitiva es el modo principal en el que los hermanos mayores le dan sentido a su vida. El racismo y el clasismo son solo versiones diferentes de un intento de salvarse a uno mismo. Esta dinámica se vuelve más intensa cuando el hermano mayor se siente superior sobre todo porque su religión es la correcta. Si un grupo cree que Dios les favorece debido a su doctrina particular, forma de adorar o comportamiento ético, su actitud ante aquellos que son diferentes puede ser hostil. Su sentimiento de superioridad se esconde bajo la declaración de que se están oponiendo a los enemigos de Dios. Cuando miras al mundo bajo esta perspectiva, justificar el odio y la opresión se vuelve fácil en nombre de la verdad. Como escribió Richard Lovelace:

“[Las personas] que ya no están seguras de si Dios las ama y las acepta en Jesús, sin tener en cuenta sus logros espirituales del presente, son personas que de modo inconsciente son mucho más inseguras... Su inseguridad se presenta con orgullo, una afirmación feroz y defensiva de su propia justificación y también un criticismo defensivo de los demás. De manera natural, odian otras culturas y otras razas para reforzar su propia seguridad y descargar toda la ira reprimida”.^{[10](#)}

La superioridad del hermano mayor no solo genera racismo y clasismo, sino que en lo personal crea un espíritu rencoroso y crítico. Este hermano mayor no puede perdonar a su hermano menor por haber manchado el nombre de la familia en la sociedad, por haberlos deshonrado y por haber disminuido sus riquezas. Resalta el hecho de que el hermano menor ha estado con “prostitutas”, mientras que él ha vivido una vida casta en casa. “¡Yo nunca haría algo así de malo!”, dice para sí mismo. Debido a que no se ve como parte de una comunidad común de pecadores, está atrapado en su propia

amargura. Es imposible perdonar a alguien si te sientes superior a él o ella.

Si no puedes controlar tu carácter y ves a alguien que también pierde el genio del mismo modo que tú, sueles perdonarle porque sabes que no eres mejor persona que él. ¿Cómo puedes echárselo en cara si eres igual de malo? Sin embargo, debido a que el pecado y la antipatía contra Dios de los hermanos mayores se esconden bajo su autocontrol y comportamiento moral, no tienen ningún problema en sentirse superiores a quien sea. Si ven a personas que mienten, que engañan a sus mujeres, que no oran a Dios, les miran por encima del hombro. Y si este tipo de personas les hacen daño, los hermanos mayores sienten que su buena conducta les da el derecho a estar muy ofendidos y de recordar continuamente su error.

Un ejemplo clásico de esta situación es el matrimonio de un alcoholico. El alcoholico siempre defrauda a su familia de una manera terrible. Como resultado de su sufrimiento, la mujer del adicto desarrolla un gran sentimiento de autocompasión y de superioridad. La esposa le saca de varios apuros, pero apunta y guarda en su mente todo lo malo que está haciendo. Esto lleva a que el alcoholico se odie a sí mismo, una de las razones por las que bebe. Es un círculo tentador y destructivo. Puede ser que el hermano mayor, para reforzar su propia imagen, necesitaba un hermano siempre caprichoso al que criticar y el engreído del hermano mayor solo hacía que fuese más difícil para el menor admitir sus problemas y cambiar su vida. Cuando el hijo menor deja de negar la realidad, y el padre le da la bienvenida a casa, el hermano mayor se da cuenta de que el patrón se ha roto y su ira está al rojo vivo.

Si el hermano mayor hubiese conocido su propio corazón, habría dicho: “Soy tan egoísta y aflijo tanto a mi padre a mi manera como mi hermano en la suya. No tengo derecho a sentirme superior”. Entonces habría tenido la libertad de otorgarle a su hermano el mismo perdón que expresaba el padre. Pero los hermanos mayores no se ven de esta manera. Su enojo es una prisión

que ellos mismos han creado.

Servilismo y vacío

Otra de las señales del espíritu de “hermano mayor” es una docilidad triste, basada en el miedo. El hermano mayor alardea de su obediencia al padre, pero deja al descubierto su motivación y actitud subyacentes cuando dice: “Fíjate cuántos años te he servido”. Sin lugar a dudas, ser fiel a un compromiso conlleva cierta sentido de obligación. A menudo, no queremos hacer lo que debemos, pero lo hacemos de todos modos, por honor a la integridad. Pero el hermano mayor muestra que en todo momento su obediencia al padre no ha sido más que obligación. No hay alegría ni amor, ninguna recompensa en ver a su padre contento.

Del mismo modo, los hermanos mayores son escrupulosos a la hora de cumplir las normas y las responsabilidades de la familia, comunidad y cívicas. Pero es un trabajo arduo que esclaviza y apesadumbra. La palabra “esclavo” tiene fuertes alusiones a obligación y opresión en lugar de atracción o motivación. Un esclavo trabaja por miedo, miedo a las consecuencias impuestas a la fuerza. Esto nos lleva a la raíz de lo que impulsa a un hermano mayor. En última instancia, lo que impulsa a los hermanos mayores a vivir vidas buenas y correctas es el miedo, y no la alegría y el amor.

Un amigo que realizó un Máster en Administración de Empresas muy prestigioso me contó acerca de una de las clases que tuvo de ética empresarial. El profesor aconsejaba que fuesen íntegros en los negocios por dos razones. Primero, si mentías o hacías trampas, te podían pillar y eso sería malo para tus negocios. En segundo lugar, si las personas en tu empresa sabían que estaban trabajando en un negocio íntegro, eso elevaría la moral y haría que los empleados se sintiesen por encima de la competencia. En verdad, estas son buenas razones para ser íntegro, pero este enfoque solo

alimenta el miedo, de que pierdan beneficios, y el orgullo, y que se sientan superiores a los de su alrededor. “Di la verdad, porque es para tu propio beneficio” era su consejo.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando te enfrentas a situaciones en las que decir la verdad te costará un precio muy alto? ¿Qué ocurre cuando una mentira en concreto proporcionaría grandes beneficios? En este momento, toda tu motivación para ser íntegro desaparecería. Algunos de los escándalos colectivos más importantes de la última década han tenido como protagonistas a importantes y devotos miembros de iglesia.

La obediencia del hermano mayor solo lleva a un cumplimiento esclavo y de mala gana de la ley. Una cosa es ser íntegro y evitar mentir por amor a ti mismo, y otra cosa es por amor a Dios, por amor a la verdad y por amor a las personas que nos rodean. Una persona que está motivada por amor y no por miedo, no solo obedecerá la ley sino que buscará nuevas maneras de llevar su negocio con transparencia y honestidad.

La integridad que surge del miedo no hace nada por erradicar la causa principal del mal en el mundo: el egoísmo radical del corazón humano. En cualquier caso, la moralidad basada en el miedo hace más fuerte al mal, debido a que en realidad los hermanos mayores solo cumplen las normas para su propio beneficio. Pueden ser amables con otros y ayudar a los pobres, pero a un nivel más profundo solo lo hacen para que Dios les bendiga, en la versión religiosa del hermano mayor, o para pensar de sí mismos que son una persona virtuosa y solidaria en la versión secular. Esta historia lo ilustra:

Había una vez un hortelano que cultivó una zanahoria gigante. Así que la llevó al rey y le dijo: “Esta es la zanahoria más grande que jamás se haya plantado o que jamás se plantará. Por lo que quiero dárosela como símbolo de mi amor y respeto por vos”. El rey se conmovió y discernió lo que había en el corazón del hombre, de modo que, cuando se iba a ir, el rey dijo: “¡Espera! Sin duda eres un buen administrador

de la tierra. Tengo una parcela justo al lado de la vuestra. Os la quiero regalar para que la cultivéis”. Y el hortelano quedó asombrado y encantado y se fue a casa lleno de alegría. Pero había un noble en la corte del rey que por casualidad lo escuchó. Y dijo: “¡Anda! Pues si eso es lo que consigues por una zanahoria, ¿qué ocurriría si le das algo mejor al rey?” Así que al día siguiente el noble acudió ante el rey con un hermoso semental negro. Se inclinó con cortesía y dijo: “Mi señor, crío caballos y este es el mejor caballo que jamás se ha criado o se criará. Por lo tanto, os lo presento como símbolo de mi amor y respeto por vos”. Pero el rey discernió lo que había en el corazón del hombre, le dio las gracias, se llevó el caballo y sin más le despidió. El noble quedó perplejo. Así que el rey declaró: “Deja que te explique. El hortelano me dio la zanahoria, pero tu te estás dando a ti mismo el caballo”.

Los hermanos mayores ayudan a otros, pero no por amor a las buenas obras en sí o por amor a las personas o por agradar a Dios. En realidad, no dan de comer a los hambrientos y visten a los pobres, sino que se dan de comer y vestir a sí mismos. El egoísmo básico del corazón no solo se mantiene intacto, sino que se alimenta con el moralismo que se basa en el miedo. Eso realmente aparece de maneras impactantes. ¿Por qué crees que tantas iglesias están llenas de cotilleos y peleas? ¿O por qué tantas personas viven vidas que en apariencia son castas, pero que al final parecen caer en los pecados más escandalosos? Detrás de todo este aparente altruismo, hay un gran egoísmo.

Las obligaciones religiosas y morales son una carga, a menudo aplastante. La frustración emocional y el aburrimiento vital se reprimen y se niegan. Los hermanos mayores están bajo una gran presión de parecer, incluso para ellos mismos, felices y contentos. Esta es la razón por la que a veces los hermanos mayores morales destrozan sus vidas para sorpresa de aquellos que los conocen y lanzan por la ventana todas sus obligaciones para comenzar a vivir como hermanos menores.

La última señal del espíritu de hermano mayor es la falta de seguridad del amor del padre. El hermano mayor dice: “Nunca celebraste una fiesta *para mí*”. No existe gozo ni celebración en la relación del hermano mayor con su padre. Siempre que estés intentando ganarte su salvación al controlar a Dios con tu buena conducta, entonces nunca estarás seguro de ser lo suficientemente bueno para él. No estás seguro de que Dios te ame y se deleite en ti.

¿Cuáles son las señales de esta falta de confianza? Ya hemos mencionado una de ellas: cada vez que algo va mal en tu vida o hay una oración no contestada, te preguntas si es porque no estás haciendo lo correcto en esto o aquello en tu vida. Otra señal es que las críticas de otros no solo hieren tus sentimientos, sino que te dejan devastado. Esto se debe a que tu idea del amor de Dios es abstracta y tiene poco poder en tu vida, y necesitas la aprobación de otros para reforzar tu valor como persona. También sientes una culpa irresoluble. Cuando haces algo que está mal, tu conciencia te atormenta durante mucho tiempo, incluso después de que te arrepientas. Debido a que no puedes estar seguro de si te has arrepentido lo suficiente, te machacas a ti mismo por lo que hiciste.

Pero quizás el síntoma más claro de esta falta de seguridad es una vida sin oración. Aunque los hermanos mayores pueden ser muy prestos a la hora de orar, no hay ninguna maravilla, asombro, intimidad ni deleite en sus conversaciones con Dios. Piensa en tres tipos de personas, uno del trabajo que no te caiga bien, un amigo con el que disfrutas haciendo cosas juntos y alguien de quien estás enamorado y que también está enamorado de ti. Tus conversaciones con el compañero de trabajo se orientarán en torno a tus objetivos, no te interesa la cháchara. Con tu amigo, quizás seas sincero respecto a algunos de los problemas que tienes. Pero, con tu enamorado o enamorada, sentirás el impulso de hablar de aquello que encuentras hermoso en él o ella.

Estos tres tipos de discurso son formas análogas de oración que se han denominado “petición”, “confesión” y “adoración”. Cuanto más íntima sea la relación de amor, más se dirigirá la conversación hacia lo personal, la afirmación y los elogios. Los hermanos mayores pueden mostrar disciplina a la hora de tener momentos habituales de oración, pero sus oraciones casi están embargadas por una recitación de necesidades y peticiones, no una adoración espontánea y alegre. De hecho, muchos hermanos mayores, a pesar de toda su religiosidad no tienen mucho tiempo privado de oración a no ser que las cosas vayan mal en su vida. Entonces es probable que se dediquen a ello en gran manera, hasta que todo vuelva a estar bien. Esto muestra que su principal objetivo con la oración es controlar su vida más que ahondar en su relación íntima con un Dios que les ama.

¿Quién debe saber esto?

¿Por qué es tan importante saber que Jesús presenta el estado perdido del hermano mayor igual de equivocado y destructivo que el del hermano menor?

Los hermanos mayores del mundo necesitan desesperadamente mirarse en este espejo. Jesús contó esta parábola sobre todo para los fariseos, para mostrarles quienes eran ellos mismos y para rogarles que cambiasen. Como dijimos, el hermano menor sabía que estaba separado del padre, pero el mayor no lo sabía. Por eso, el estado perdido del hermano mayor es tan peligroso. Los hermanos mayores no acuden a Dios y le suplican que los restaure. No ven nada malo en su situación y eso es algo funesto. Si estás enfermo, puedes ir al médico; si no lo sabes, pues no irás, te morirás.

Los hermanos menores del mundo también necesitan desesperadamente darse cuenta de esto. Cuando vemos la actitud del hermano mayor en la historia empezamos a darnos cuenta de una las razones primordiales por las que el hermano menor se quería ir. Hay muchas personas hoy en día que han abandonado cualquier forma de fe religiosa ya que ven que la mayoría de las

religiones están llenas de hermanos mayores. Han llegado a la conclusión de que la religión es una de las fuentes de miseria y de conflictos más grandes del mundo. ¿Y sabes qué? Jesús dice con esta parábola que tienen razón. El enfado y la superioridad de los hermanos mayores, que surgen por la inseguridad, el miedo y el vacío interior, pueden generar un grupo enorme de personas amargadas por la culpa y el miedo, ciegas espiritualmente. Este grupo es una de las grandes causas de la injusticia social, la guerra y la violencia.

Es normal que las personas que han dado la espalda a la religión piensen que el cristianismo no es diferente. Han estado en iglesias llenas de hermanos mayores. Dicen: “El cristianismo es como cualquier otra religión”. Pero Jesús dice no, no es verdad. Todo el mundo sabe que el evangelio del cristianismo nos dice que dejemos el libertinaje de la vida del hermano pequeño, pero pocos se dan cuenta de que también condena el moralismo de la vida del hermano mayor.

Nuestras grandes ciudades están llenas de hermanos pequeños que han huido de las iglesias en la periferia que estaban dominadas por los hermanos mayores. Cuando me mudé a Nueva York, a finales de los años 80, para comenzar una nueva iglesia, pensé que conocería a muchas personas seculares que no estarían familiarizadas para nada con el cristianismo. Y lo hice, pero para mi sorpresa me encontré con el mismo número de personas que habían crecido en iglesias y en familias devotas y habían ido a Nueva York para alejarse de ellas lo máximo posible. Después de un año de ministerio, teníamos 200 o 300 personas que venían a las reuniones. Me preguntaron: “¿Quién va a tu iglesia?” Después de reflexionar, respondía que alrededor de un tercio eran no creyentes, otro tercio eran creyentes y el otro eran creyentes “recuperados”, hermanos menores. Había conocido a tantos hermanos menores heridos y ofendidos por hermanos mayores, que ni ellos ni yo sabíamos si aún creían en la fe cristiana o no.

La mayoría de los ejemplos más comunes que observé eran jóvenes adultos que eran de las zonas más conservadoras de Estados Unidos que habían venido a estudiar en las universidades de Nueva York. Aquí habían conocido al tipo de persona de la que les habían prevenido durante años, esos con ideas liberales respecto al sexo, política y cultura. A pesar de lo que les habían hecho creer, comprobaron que estas personas eran amables, sensatas y de buen corazón. Cuando los estudiantes empezaron a experimentar un cambio en sus propias ideas, se dieron cuenta de que muchas personas en su antiguo hogar y especialmente en las iglesias, actuaban de manera hostil e intolerante. En poco tiempo, rechazaron sus antiguas ideas así como su fe. Los hermanos mayores les habían convertido en hermanos menores.

Sin embargo, descubrimos que los hermanos menores estaban dispuestos a venir a nuestra iglesia porque vieron una verdadera diferencia entre el evangelio y el moralismo religioso, y eso les permitía la oportunidad de explorar el cristianismo desde un punto de vista distinto.

Es natural para un hermano menor pensar que el estado de hermano mayor y el cristianismo son exactamente lo mismo. Pero Jesús dice que no lo son. En su parábola, Jesús desmonta la religiosidad, que es uno de los mayores problemas en el mundo. En esta parábola, Jesús nos dice: “¿Por favor, podríais considerar la posibilidad de que el evangelio, el verdadero cristianismo, es algo totalmente diferente a la religión?”. Esto permite tener esperanza de que hay una manera de conocer a Dios que no lleva a las patologías del moralismo y la religiosidad.

Hay un tercer grupo de personas que necesitan entender el estado perdido de hermano mayor. Hay una verdadera diferencia entre un hermano mayor y un cristiano real que cree en el evangelio. Pero hay muchos cristianos genuinos con una actitud de hermano mayor. Si conociste a Cristo siendo un hermano menor, siempre estás en peligro de recaer parcialmente en adicciones o en los pecados de otros hermanos menores. Pero si te convertiste

en cristiano cuando eras hermano mayor, aún es más fácil que vuelvas a las actitudes de ese hermano y a una espiritualidad mortecina. Si no has comprendido por completo y a fondo el evangelio, de nuevo serás condescendiente y estarás condenando, ansioso, inseguro, sin alegría y enojado todo el tiempo.

Los hermanos mayores tienen un trasfondo de enfado ante las circunstancias de la vida; guardan rencor más tiempo y con más amargura; desprecian a otras culturas, religiones y estilos de vida; experimentan una vida sin gozo, aplastados por el arduo trabajo; tienen poca intimidad y gozo en su vida de oración; y tienen una profunda inseguridad que les hace excesivamente sensibles a las críticas y al rechazo, feroces y sin compasión a la hora de condenar a otros. ¡Qué imagen más terrible! Y a pesar de ello, el camino de rebelión del hermano menor no es una alternativa mejor.

La mayoría de personas que siguen la filosofía de la realización individual y del autodescubrimiento no arruinan sus vidas como el hijo menor. La mayoría de las personas religiosas que piensan que Dios las va a salvar por sus esfuerzos en ser buenos no son tan insensibles ni están tan enfadados como este hijo mayor. ¿No está exagerando Jesús? La respuesta es no, está explicando que, aunque la mayoría de personas no llegan a estas mismas circunstancias, cada manera de vivir lleva el germen de su propia destrucción, lo que dirige a los adeptos a cada uno de los destinos espirituales que tan bien describe.

La parábola de Jesús provoca una especie de crisis al oyente que presta atención. Ha retratado vívidamente ambos caminos espirituales, la manera básica que aporta cada uno para encontrar la felicidad, acercarse a Dios y enfrentarse a los problemas. Sin embargo, los presenta a ambos como erróneos, como callejones sin salida. Sin duda, quiere que tomemos un camino radicalmente diferente, pero ¿cuál es? ¿Dónde lo encontramos?

Encontraremos la respuesta cuando nos demos cuenta de que Jesús deja a

alguien fuera a propósito. Lo hizo para que le buscásemos y, al encontrarle, hallásemos por fin el camino a casa.

El verdadero hermano mayor

“Hijo mío todo lo que tengo es tuyo”.

Lo que necesitamos

¿Qué necesitamos para escapar de la manera en concreto en la que estamos perdidos, ya sea de hermano menor o hermano mayor? ¿Cómo puede la dinámica del corazón pasar del miedo y el enfado a la alegría, amor y gratitud?

Lo primero que necesitamos es el amor que Dios inicia. Observa cómo el padre sale para recibir a su hijo y expresa su amor con el fin de que regrese a casa. No espera a su hijo en el porche de casa, zapateando con impaciencia y murmurando: “¡Ahí viene ese hijo mío. Después de todo lo que ha hecho, será mejor que venga dispuesto a humillarse servilmente!”. No se ve ningún indicio de tal actitud. No, corre y le besa antes de que su hijo pueda confesar. No es el arrepentimiento lo que provoca el amor del padre, sino, más bien, al revés. El afecto pródigo del padre hace que la expresión de arrepentimiento del hijo sea aún más fácil.

El padre también sale fuera y ruega al hermano mayor enojado y resentido que entre en el banquete. La imagen es como una espada de doble filo. Muestra que incluso los más religiosos y moralistas necesitan la iniciativa de la gracia de Dios, porque están igualmente perdidos; y muestra que hay esperanza, incluso para los fariseos. Esta última súplica del padre es increíble cuando recordamos el juicio de Jesús. Se está dirigiendo a los líderes religiosos que van a entregarle a las autoridades romanas para que le ejecuten. A pesar de ello, en la historia el hermano mayor no recibe una condenación severa, sino una exhortación amorosa para que deje su enojo y autojustificación. Jesús está rogando con amor a sus mayores enemigos.

Jesús no es el fariseo por encima de los fariseos, no es el justo sobre los que se autojustifican. Tampoco nosotros deberíamos serlo. El no solo ama a las personas con una vida desenfadada y de espíritu libre, sino que también ama a las endurecidas personas religiosas.

Nunca encontraremos a Dios a no ser que el nos busque antes, pero debemos recordar que lo puede hacer de maneras muy distintas. A veces, Dios se echa encima de nosotros de manera dramática, como hace con el hijo menor, y tenemos una percepción nítida de su amor. En ocasiones, discute con nosotros con calma y paciencia aunque le demos la espalda, como es el caso del hijo mayor. ¿Cómo puedes saber que está trabajando en ti ahora? Si empiezas a sentir que estás perdido y quieres escapar de ello, debes darte cuenta de que ese sentimiento no puedes haberlo generado por ti mismo. Un proceso así requiere ayuda y, si está ocurriendo, es una buena indicación de que incluso ahora está a tu lado.

También hemos aprendido de esta parábola que nuestro arrepentimiento debe ir más allá de solo remordimiento por nuestros pecados individuales. Cuando el hermano menor regresa, tiene una larga lista de ofensas de las que debe arrepentirse. Cuando pensamos en el arrepentimiento, cavilamos: “Si quieres arreglar las cosas con Dios, sacas tu lista de pecados y le dices lo arrepentido que estás por cada uno de ellos”.

El arrepentimiento no es menos que eso pero a la vez es mucho más, ya que el enfoque de la lista no es adecuado para tratar el problema del hermano mayor. El hijo mayor está perdido, fuera del festín del amor de su padre; sin embargo, no tiene casi nada en su lista de ofensas. Dice: “Nunca te he desobedecido”, y el padre no le contradice, es una manera en la que Jesús nos da a entender que no ha cometido ninguna falta según las normas morales. ¿Así que cómo se salva una persona que está perdida aunque no tiene ningún pecado en la lista de ofensas?

Voy a tener cuidado aquí para evitar un malentendido. Esta historia es una

gran metáfora del pecado y la salvación, pero no podemos entender cada detalle literalmente. Ni Jesús ni ningún autor de la Biblia insinúan jamás que hay un ser humano perfecto, sin pecado ni fallo, que no sea el mismo Jesús. En cambio, el punto es que es una distracción centrarnos solo en fallos específicos de comportamiento.

Cuando los fariseos pecan, se sienten fatal y se arrepienten. Deben castigarse a sí mismos y lamentar su debilidad. Sin embargo, siguen siendo hermanos mayores cuando terminan. El remordimiento y arrepentimiento es solo parte del intento de salvarse a sí mismos. El arrepentimiento farisaico no va lo suficientemente lejos como para llegar al verdadero problema.

¿Cuál es el problema? El orgullo en sus buenas obras, más que el arrepentimiento por las malas, era lo que mantenía al hijo mayor fuera de la fiesta de la salvación. El problema del hermano mayor es la autojustificación, la manera como usa su buena conducta para que Dios y los demás estén en deuda con él y pueda así controlarlos y obtener de ellos lo que quiera. Su problema espiritual es la inseguridad que procedía de basar su valor en sus logros y actuaciones, de modo que tuviese que apoyarse continuamente en su sentido de rectitud al menospreciar a otros y buscar sus fallos. Como lo explicó uno de mis profesores en el seminario, la mayor barrera entre los fariseos y Dios “no son sus pecados, sino sus condenables buenas obras”.

¿Qué debemos hacer entonces para ser salvos? Para encontrar a Dios, debemos arrepentirnos de lo malo que hemos hecho, pero, si eso es lo único que haces, seguirás siendo solo un hermano mayor. Para ser verdaderamente cristianos, también debemos arrepentirnos de las razones por las que alguna vez hicimos algo bueno. Los fariseos solo se arrepienten de sus pecados, pero los cristianos se arrepienten también de cualquiera de las motivaciones que hay tras su rectitud. Debemos aprender a arrepentirnos del pecado *tras* todos nuestros otros pecados y tras nuestra rectitud, el pecado de intentar ser nuestro propio salvador y señor. Tenemos que admitir que hemos puesto

nuestra esperanza y confianza en otras cosas que no sean Dios, y que, tanto con lo malo como con lo bueno que hemos hecho, hemos tratado de evitar a Dios o controlarle para conseguir estas cosas.

Solo cuando ves el deseo de ser tu propio salvador y señor, que yace bajo tus pecados *así como* de tu buena conducta, es cuando estás apunto de entender el evangelio y ser de verdad un cristiano. Cuando te das cuenta de que el antídoto a ser malo no es solo ser bueno, estás justo en el borde. Si sigues adelante, todo cambiará: cómo te relacionas con Dios, contigo mismo, con otros, con el mundo, con el trabajo, con tus pecados, con tu integridad. Se denomina nuevo nacimiento porque es muy radical.

Sin embargo, esto solo nos lleva al borde del mensaje de Jesús, no al centro. Nos dice de qué debemos alejarnos, pero no a qué o a quién debemos regresar. Hemos visto que necesitamos el amor que inicia el padre y este arrepentimiento genuino del evangelio. Pero hay una cosa más que precisamos para entrar en la gran alegría de la salvación.

A quién necesitamos

Lucas 15 nos informa, en los versículos del 1 al 3, que Jesús no solo contó una sino tres parábolas a los fariseos que se estaban quejando porque pasaba tiempo con pecadores. La primera parábola se llama la parábola de la oveja perdida. Un hombre tiene un rebaño de cien ovejas, pero una se pierde. En lugar de aceptar la pérdida, el pastor va en busca de la oveja perdida hasta que la encuentra. Entonces, llama a todos los de alrededor: “*Alegraos conmigo, ya encontré la oveja que había perdido*” (versículo 6).

La segunda parábola se llama la parábola de la moneda perdida. En esta historia, una mujer tiene diez monedas de plata en casa, pero pierde una. No la da por perdida, sino que “*enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla*” (versículo 8). Y cuando lo hace, llama a todas sus amigas y vecinos y dice: “*Alegraos conmigo, ya encontré la moneda que*

había perdido”. La tercera parábola es la historia que hemos estado estudiando, la parábola de los dos hijos perdidos.

Las similitudes entre las tres historias son obvias. En cada parábola, hay algo perdido: una oveja, moneda e hijo. El que pierde algo lo recupera. Y cada una de las narraciones termina con regocijo y celebración cuando se recupera lo perdido.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre la tercera parábola y las dos primeras. En estas alguien “sale” y busca con esmero aquello que se ha perdido. A los buscadores nada los distrae ni los detiene en su tarea. Pero, cuando llegamos a la tercera historia y escuchamos las dificultades en las que se halla el hijo perdido, estamos preparados para que alguien salga en su búsqueda. Pero nadie lo hace. Es sorprendente y Jesús quería que fuese así. Al colocar las tres parábolas tan cerca unas de las otras, está invitando a los atentos oyentes a que se pregunten: “Bueno, ¿quién debe haber ido a buscar al hijo perdido?”. Jesús conocía la Biblia de arriba a abajo y sabía que al principio de esta se narra la historia de un hermano mayor y uno menor, Caín y Abel. En esta historia, Dios le dice al hermano mayor resentido y orgulloso: “Tú eres el guardián de tu hermano”.

Edmund Clowney cuenta la historia verídica de un soldado estadounidense que desapareció en combate en la Guerra de Vietnam. Cuando su familia no recibió noticias suyas a través de ninguno de los medios oficiales, el hermano mayor voló a Vietnam y, arriesgando su vida, buscó en las junglas y en los campos de combate a su hermano perdido. Dicen que, a pesar del peligro, nunca le hirieron debido a que ambos bandos habían oído hablar de su esfuerzo y respetaban su misión. Algunos le llamaban simplemente “el hermano”.

Eso es lo que el hermano mayor en la parábola debía haber hecho; eso es lo que un verdadero hermano mayor hubiese hecho. Habría dicho: “Padre, mi hermano menor se ha comportado como un estúpido y ahora ha arruinado su

vida. Pero iré por él y le traeré de vuelta a casa. Y si su herencia la ha gastado del todo, como creo que ha pasado, le traeré de vuelta a la familia asumiendo yo los gastos”.

De hecho, el hermano menor solo puede volver a casa a costa del precio que paga el hermano mayor. Porque, como dijo Jesús, el padre había dividido su herencia entre ellos antes de que el menor se fuese. Todo se había repartido. El hermano pequeño había recibido su tercio y había desaparecido. Ahora, cuando el padre le dice al hermano mayor: “*Hijo mío, todo lo que tengo es tuyo*”, está expresando una verdad literal. Cada céntimo que sigue en el patrimonio familiar es del hermano mayor, cada túnica, cada anillo, cada ternero, todo le pertenece por derecho a él.

A lo largo de los años, muchos lectores han llegado a la conclusión superficial de que la restauración del hermano menor no conllevaba ninguna expiación, ningún coste. Señalan que el hijo menor quería pagar una compensación, pero el padre no le deja; su aceptación de nuevo a la familia era gratuita. Esto, según ellos, muestra que el perdón y el amor siempre deberían ser gratuitos e incondicionales.

Es una simplificación excesiva. Si alguien te rompe una lámpara, podrías pedir que te la pague. La alternativa es que podrías perdonar a la persona y pagarla tú (o chocarte con todos los muebles en la oscuridad). Imagina una situación más grave, en concreto alguien que ha hecho pedazos tu reputación. De nuevo, tienes dos opciones. Podrías hacerle pagar criticándolo delante de otros y deshonorando su buen nombre como una manera de restaurar el tuyo. O podrías perdonarle, asumiendo la tarea complicada de poner las cosas en su sitio sin denigrarle. El perdón es gratuito e incondicional para el que ha cometido la ofensa, pero para ti tiene un alto coste.

La misericordia y el perdón deben ser gratuitos e inmerecidos para el ofensor. Si tiene que hacer algo para merecerlo, entonces no hay misericordia, pero el perdón *siempre* tiene un coste para aquel que perdona.

Mientras que el acto 1 de la parábola nos mostraba que el perdón del padre es gratuito, el acto 2 nos presenta una idea del alto precio que tiene que pagarse. La restauración del hermano menor no tuvo ningún coste para él, pero sí que suponía uno alto para el hermano mayor. ¡El padre no podía perdonar al hermano menor sin más; alguien tenía que pagar! El padre no podía aceptarle de nuevo excepto a expensas del hermano mayor. No había otra manera. Pero Jesús no incluye un verdadero hermano mayor en la historia, uno que esté dispuesto a pagar lo que sea para buscar y salvar lo que se había perdido. Es terrible. El hijo menor en lugar de un hermano tiene un fariseo.

Pero nosotros no.

Jesús, al incluir en la historia un hermano mayor imperfecto, nos invita a imaginar y desear uno de verdad.

Y le tenemos a él. Piensa en el tipo de hermano del que tenemos necesidad. Precisamos uno que no solo venga de un país a otro para encontrarnos, sino que venga del cielo a la tierra. Necesitamos uno que no solo esté dispuesto a pagar una cantidad concreta de dinero, sino a poner el valor infinito de su propia vida para traernos a la familia de Dios, porque nuestra deuda es aún mayor. Ya sea como hermanos mayores o hermanos menores, nos hemos rebelado contra el padre. Merecemos estar lejos, aislados y que nos rechace. El punto clave de la parábola es que el perdón siempre tiene un precio: alguien tiene que pagar. No había manera de que el hermano menor regresase a la familia a no ser que el hermano mayor asumiese el coste. Nuestro verdadero hermano mayor pagó nuestra deuda, en la cruz, en nuestro lugar.

Allí le despojaron de su ropa y de su dignidad de modo que nosotros podamos vestirnos con honor y estar en una posición que no merecemos. En la cruz trataron a Jesús como un marginado para que pudiésemos entrar en la familia de Dios por gracia. Allí Jesús bebió la copa de justicia eterna de manera que nosotros podamos tener la copa de gozo del Padre. No hay otra

manera para que el Padre celestial nos haga entrar en casa excepto a expensas de nuestro verdadero hermano mayor.

¿Cómo pueden transformarse los mecanismos interiores del corazón y pasar del miedo y el enfado al amor, gozo y gratitud? Aquí está la manera. Tienes que sentirte conmovido ante el gran coste que supuso traerte a casa. La diferencia esencial entre un fariseo y una persona que cree en Jesús es la motivación que hay en su corazón. Los fariseos son buenos pero por la necesidad y el miedo de tener que controlar a Dios. Realmente no confían en él, ni le aman. Para ellos, Dios es un jefe exigente, no un padre que los ama. Los cristianos han visto algo que ha transformado su corazón y les ha llevado a Dios de modo que por fin pueden amar y descansar en el Padre.

La aclamada película *Tres estaciones* es una serie de historias de la vida después de la Guerra de Vietnam. Una de las historias es acerca de Hai, un ciclotaxista (conduce un rickshaw), y Lan, una hermosa prostituta. Ambos tienen deseos profundos, pero frustrados. Hai está enamorado de Lan, pero se halla fuera de su presupuesto. Lan vive en la pobreza más absoluta y desea vivir en el maravilloso mundo de los elegantes hoteles donde trabaja, pero donde nunca pasa la noche. Espera que el dinero que consiga con la prostitución sea su medio de escape, pero el trabajo la maltrata y la esclaviza.

Entonces Hai participa en una carrera con su vehículo y gana el primer premio. Con el dinero lleva a Lan a un hotel. Paga por la habitación y la tarifa de ella. Entonces, para sorpresa de todos, le dice que solo quiere ver cómo se duerme. En vez de usar el poder de su dinero para tener sexo con ella, lo gasta en comprar un lugar para ella esa noche en el mundo normal, al que ella anhela pertenecer. Esta misericordia inquieta a Lan al principio ya que piensa que Hai solo lo ha hecho para controlarla. Cuando es evidente que está usando su poder para servir y no para usarla, comienza a transformarla, haciendo que sea imposible que vuelva a la prostitución.

Jesucristo, que tenía todo el poder en el mundo, vio que estábamos

esclavizados por las cosas que nosotros pensábamos que nos harían libres. Así que se vació a sí mismo de su gloria y se hizo un siervo (Filipenses 2). Dejó a un lado su infinitud y la inmensidad de su ser y, con su vida como coste, pagó la deuda por nuestros pecados, comprando el único lugar en el que nuestros corazones pueden descansar, en la casa del Padre.

Saber que hizo esto nos transformará desde el interior, como hizo el amor desinteresado de Hai por Lan. ¿Por qué no querrías entregarte ante alguien así? El amor desinteresado destruye la desconfianza que hay en nuestros corazones respecto a Dios, que hace que o bien seamos hermanos menores o bien hermanos mayores.

John Newton, el autor del himno “Sublime Gracia”, escribió otro himno que lo explica perfectamente:

*Nuestro deseo y nuestro deber aunque opuestos antes eran al ver
nosotros su belleza se han unido para nunca separarse.*

En pocas palabras, Newton presenta nuestro dilema. La elección delante de nosotros parece ser o alejarnos de Dios y seguir los deseos de nuestro corazón, como el hermano menor, o reprimir ese deseo y cumplir con nuestras obligaciones morales, como el hermano mayor. Pero el amor de Jesús sacrificial y de un coste sin igual lo cambia todo. Cuando vemos la belleza de lo que el ha hecho por nosotros, atrae nuestros corazones más a él. Nos damos cuenta de que el amor, la grandeza, el consuelo y el honor que hemos estado buscando están aquí. La belleza también acaba con nuestro miedo. Si el Señor del Universo nos ama lo suficiente para experimentar esto por nosotros, ¿qué debemos temer? En la medida en la que “veamos su belleza” seremos libres del miedo y de la necesidad que generan tanto los hermanos menores como los mayores.

El amigo de John Newton, el poeta William Cowper, trata esta idea en otro himno:

Ver la Ley por Cristo cumplida, y escuchar su voz de perdón hacen del esclavo un hijo y del deber una elección.

Nunca dejaremos de ser hermanos menores y mayores hasta que seamos conscientes de nuestra necesidad y descansemos con fe y admiración en la obra de nuestro verdadero hermano mayor, Jesucristo.

Redefinición de esperanza

“Se fue a un país lejano”.

Nuestro anhelo del hogar

Es importante leer la parábola del hijo perdido en el contexto de todo el capítulo 15 de Lucas, pero existe un contexto aún mayor para esta historia. Si leemos la narración a través del amplio tema en la Biblia del exilio y el regreso al hogar, entenderemos por qué Jesús nos ha proporcionado más que una historia conmovedora de redención individual. Ha contado la historia de toda la humanidad y ha prometido nada menos que esperanza para este mundo.

En la parábola, el hermano menor se marcha a un país lejano donde espera encontrar una vida mejor, pero se lleva una gran desilusión. Empieza a añorar su hogar y a recordar la comida en casa de su padre. Así como todos nosotros.

El “hogar” tiene una poderosa influencia sobre la vida humana. Estadounidenses que nacieron en el extranjero gastan miles de millones al año para visitar las comunidades en las que nacieron. Los niños que nunca encuentran un lugar al que pertenecer desarrollan una incapacidad de sentir apego cuando son adultos. Muchos de nosotros tenemos recuerdos bonitos de momentos, personas y lugares donde sentimos que verdaderamente estábamos en casa, en nuestro hogar. Sin embargo, si tenemos la oportunidad de regresar a los lugares que con tanto cariño recordamos, con frecuencia nos decepcionan. Durante 39 años, mi esposa, Kathy, pasaba los veranos con su familia en una cabaña destartalada en la orilla del lago Erie. El recuerdo de ese lugar nutre el espíritu de Kathy. Pero volver a la propiedad actual, en ruinas, es una experiencia dolorosa. Y tampoco sería diferente si alguien la

comprase y construyese apartamentos nuevos allí. La visita al lugar ahora siempre supondrá experimentar un sentimiento de pérdida.

El hogar es, por tanto, un concepto poderoso, pero escurridizo. Los fuertes sentimientos que conlleva muestran nuestro deseo interior de encontrar un lugar que se ajuste a nosotros, donde podamos ser o quizás encontrarnos a nosotros mismos. No obstante, parece que no hay ningún lugar ni ninguna familia que satisfaga estos deseos aunque numerosas situaciones lo evoquen. En la novela *Una paz solo nuestra*, el personaje principal de John Knowles descubre que las mañanas de verano en New Hampshire le producían “un cierto sentimiento totalmente esperanzador de que si volviera a estar en mi cama para conservarlo... Quería romper a llorar por las desesperadas punzadas de gozo, o por la promesa intolerable, o porque las mañanas estaban demasiado impregnadas de belleza para mí”. En *Al este del Edén*, John Steinbeck dice de un modo similar de las montañas en el centro de California que “invitaban a la ascensión de sus cálidas laderas con la misma atracción que pudiera ejercer el regazo de una madre querida”.¹¹

Hay ciertas vistas, sonidos e incluso olores que parecen evocar con fuerza el recuerdo del hogar. Pero solo despiertan un anhelo que no pueden satisfacer. Muchas de las personas en mi iglesia me han comentado lo decepcionantes que son la Navidad y el Día de Acción de Gracias para ellas. Organizan las festividades con la esperanza de que por fin, este año, la reunión familiar en ese importante lugar provoque la experiencia de calidez, gozo, consuelo y amor que quieren que haya. Pero estos acontecimientos casi siempre fracasan debido a que cargamos sobre ellos expectativas imposibles de cumplir.

Hay un término en alemán que capta bien este concepto, la palabra *Sehnsucht*. Si lo buscas en un diccionario, verás que ni en inglés ni en español existe un sinónimo completo del término. Indica un profundo anhelo o añoranza, pero con implicaciones trascendentales. El autor que más habló

de su “nostalgia espiritual” fue C.S. Lewis en el conocido sermón “El peso de la gloria”. Hace alusión a varias experiencias parecidas a las que describen Steinbeck y Knowles, y a continuación declara:

El recurso más habitual consiste en llamarlo «belleza» y en actuar como si eso resolviera el asunto. El subterfugio de Wordsworth se reduce a identificarlo con ciertos momentos de su propio pasado. Todo ello es una trampa. Si Wordsworth hubiera regresado a esos momentos del pasado, no habría encontrado el objeto deseado, sino solo un recuerdo de ello. Lo que el recordaba al volver a ello se convertía en un recuerdo en sí mismo. Los libros o la música en que creíamos que se ocultaba la belleza nos traicionarán si confiamos en ellos. Pero realmente la belleza no está ni en aquellos ni en esta, tan solo se revela a través de ellos. En realidad, los libros y la música aumentan el deseo de poseerla. Estas cosas —la belleza, el recuerdo de nuestro pasado— son buenas imágenes de lo realmente deseado. Si se confunden con la cosa misma, se transforman, no obstante, en ídolos mudos que rompen los corazones de quienes los adoran. No son, pues, la cosa misma... Ahora, despertamos para descubrir que... hemos sido meros espectadores. La belleza ha sonreído, pero no para darnos la bienvenida. Ha vuelto su rostro hacia nosotros, pero no para vernos. No hemos sido aceptados, acogidos o recibidos...

La nostalgia sentida durante toda la vida, el anhelo de reunirnos en el universo con algo de lo que ahora nos sentimos separados, de estar tras la puerta vista siempre desde fuera no es, pues, mera fantasía neurótica, sino el más fiel exponente de nuestra situación real.^{[12](#)}

Por lo tanto, en cierto sentido, todos somos hermanos menores. Nos hallamos todos en el exilio, anhelando regresar a casa. Siempre estamos viajando sin llegar nunca. Las casas y las familias con las que vivimos son solo posadas en el camino, pero no son nuestro hogar. El hogar sigue

evadiéndonos.

¿Por qué “el hogar” tiene tanto poder, pero, al mismo tiempo, nos resulta tan escurridizo? La respuesta se encuentra al examinar uno de los temas dominantes en la Biblia. La experiencia que hemos descrito es el rastro de una historia aún mayor en nuestras almas.

Al comienzo del libro de Génesis, descubrimos la razón por la que todo el mundo se siente como un exiliado, como si realmente no estuviéramos en casa. Explica que se nos creó para vivir en el jardín de Dios. Ese es el mundo para el que fuimos diseñados, un lugar en el que no podíamos separarnos del amor, sin decadencia ni enfermedad. Consistía en todas estas cosas porque era una vida ante el rostro de Dios, en su presencia. Allí estábamos para adorar y servir a su infinita majestad, y conocer, disfrutar y meditar en su infinita belleza. Ese era nuestro primer y único hogar, el verdadero país para el que fuimos creados.

Sin embargo, la Biblia enseña que, al igual que en la parábola de Jesús, Dios era el “padre” en ese hogar y nosotros nos rebelamos contra su autoridad. Queríamos vivir la vida sin que Dios interviniese, así que huimos y nos separamos de él, y perdimos nuestro hogar por la misma razón que el hermano menor perdió el suyo. El resultado fue el exilio.

La Biblia declara que hemos estado vagando como exiliados espirituales desde entonces; es decir, hemos estado viviendo en un mundo que no puede ajustarse a nuestros anhelos más profundos. Aunque deseamos cuerpos que “corran y no se cansen”, estamos sometidos a la enfermedad, al envejecimiento y a la muerte. Aunque necesitamos un amor que dure para siempre, todas nuestras relaciones se hallan bajo el desorden inevitable del tiempo y se desmoronan en nuestras manos. Incluso aquellos que se mantienen fieles mueren y nos dejan, o nosotros morimos y les dejamos. Aunque anhelamos marcar la diferencia en el mundo con nuestro trabajo, una y otra vez nos vemos frustrados. Nunca llegamos a cumplir del todo nuestras

esperanzas y nuestros sueños. Puede que nos esforcemos por recrear ese hogar que hemos perdido, pero la Biblia dice que solo existe en la presencia del padre celestial del que hemos huido.

El tema aparece una y otra vez en la Biblia. Después del exilio de Adán y Eva del verdadero hogar, su hijo Caín tuvo que vagar sin descanso por la tierra por haber matado a su hermano Abel. Más tarde, Jacob engañó a su padre y hermano, y huyó al exilio durante años. Posteriormente, José, hijo de Jacob, y su familia abandonaron su tierra para ir a Egipto debido a una hambruna. Los israelitas fueron esclavos hasta que, bajo el mando de Moisés, regresaron a su antiguo hogar. Siglos más tarde, David, antes de ser rey, vivió como un fugitivo perseguido. Y, por último, la nación de Israel al completo fue de nuevo al exilio cuando el rey Nabucodonosor los llevó cautivos a Babilonia.

No es una coincidencia que, historia tras historia, todas contengan el patrón del exilio. El mensaje de la Biblia es que la raza humana es un grupo de exiliados que intentan llegar a casa. La parábola del hijo pródigo hace referencia a cada uno de nosotros.

La dificultad del retorno

“El hogar”, según la famosa afirmación de Robert Frost, “es donde, cuando tienes que ir allí, te tienen que recibir” (“La muerte del hombre contratado”). El hermano menor, sin embargo, supone que es posible que el retorno no tenga éxito. ¿Por qué? Sus pecados han creado una barrera y no sabe si va a ser posible superarla. Es consciente de que quizás le rechacen y tenga que seguir en el exilio. Del mismo modo, la Biblia enseña lo grandes que son las barreras para que la raza humana regrese al hogar.

Durante el exilio en Babilonia, los profetas de Israel predijeron un gran retorno a casa por la gracia de Dios. Al final, el pueblo de Israel pudo dejar Babilonia y regresar a su tierra. En realidad, solo una minoría de judíos

volvió a Palestina y continuaron bajo el dominio de Persia. Después, una civilización tras otra fue invadiendo y controlando Israel, primero Grecia, después Siria y, por último, Roma.

El pueblo seguía oprimido. Al final, todos los miniéxodos y minirregresos a su tierra no consiguieron ese retorno total y final que los profetas habían prometido y que todos esperaban. ¿Por qué? Una de las razones era la imperfección y fractura que había *dentro* de los seres humanos. Israel en particular y la raza humana en general estaban aún atrapados en el egoísmo, orgullo y pecado. Estamos oprimidos por conflictos que surgen en nuestro propio corazón así como por batallas y conflictos con las naciones vecinas. Necesitamos un cambio radical de nuestra propia naturaleza.

La segunda razón es la imperfección *alrededor* de los seres humanos. No solo la maldad humana ha provocado el “exilio”. Según la Biblia, vivimos en un mundo natural caído. No fuimos creados para un mundo con enfermedades y desastres naturales, un mundo donde todo se deteriora y muere, incluso nosotros. Este mundo, tal y como existe ahora, no es el hogar que anhelamos. Un último retorno real a casa supondría no solo una transformación de la naturaleza humana, sino también de este mundo material. ¿Cómo se puede lograr tal cosa?

Durante la época del ministerio de Jesús, muchos en Israel se daban cuenta de que, a pesar de haber vuelto de Babilonia, la nación todavía seguía en el exilio. La injusticia y opresión, pérdida y aflicción seguían dominando la vida nacional. El retorno final no había tenido lugar aún. Muchos, por lo tanto, comenzaron a pedírselo a Dios, pero lo concibieron como una liberación política de Israel. Pensaban que el Mesías, el rey que redimiría a Israel, sería una persona con una gran fuerza militar y poder político. Vendría a su pueblo y ellos le recibirían, y los llevaría hasta la victoria.

Entonces Jesús entró en escena y declaró que traía “*el reino de Dios*” (Marcos 1:15). La gente se amontonaba con impaciencia a su alrededor para

observar y escucharle, pero nada cumplía con sus expectativas. No nació en un palacio detrás de una cortina real, sino en un establo, en la paja, lejos de casa. Durante su ministerio, fue de un lugar a otro, sin asentarse en ningún sitio y declaró: *“Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”* (Mateo 8:20). Se mantenía totalmente al margen de las redes de poder político y económico. Ni siquiera buscó títulos en educación o religión. Al final de su vida, le crucificaron fuera de las puertas de la ciudad, un importante símbolo de rechazo de la comunidad, de exilio. Y al morir, exclamó: *“¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”* (Mateo 27:46), un tremendo grito de abandono espiritual y de falta de hogar.

¿Qué había ocurrido? Jesús no había venido a liberar a una sola nación de la opresión política, sino a salvar a todos del pecado, el mal y la muerte en sí misma, y para llevar a la humanidad a Casa. Por lo tanto, no vino con fuerza, sino en debilidad y experimentó el exilio que nosotros merecíamos. Fue expulsado de la presencia del Padre, apartado en la oscuridad, la mayor desesperación de alejamiento espiritual – en nuestro lugar –. Tomó sobre sí mismo la maldición de la rebeldía humana, la falta de hogar cósmica de modo que se nos pudiese dar entrada a nuestro verdadero hogar.

El banquete al final de la historia

Jesús no solo murió, sino que resucitó de la muerte al tercer día. Anuló el poder de la muerte (Hebreos 2:14): *“a quien Dios resucitó, poniendo fin a la agonía de la muerte, puesto que no era posible que Él quedara bajo el dominio de ella”* (Hechos 2:24). Debido a que Jesús pagó el precio de nuestros pecados con su muerte, ha conseguido triunfar sobre la muerte, el deterioro y el desorden que impiden que este mundo sea nuestro verdadero hogar. Un día regresará para completar la victoria. Isaías dice:

“He aquí, vuestro Dios viene... Él os salvará. Entonces se abrirán los

ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se destaparán. El cojo entonces saltará como un ciervo, y la lengua del mudo gritará de júbilo. Volverán los rescatados del Señor, entrarán en Sion con gritos de júbilo, con alegría eterna sobre sus cabezas. Gozo y alegría alcanzarán, y huirán la tristeza y el gemido”. (Isaías 35)

Al final de la historia de los dos hijos pródigos, hay un banquete para celebrar el retorno al hogar. Del igual manera, al final del libro de Apocalipsis, al final de la historia, hay un banquete, *“las bodas del Cordero”* (Apocalipsis 19). El Cordero es Jesús, que fue sacrificado por los pecados del mundo para que nosotros pudiésemos ser perdonados y regresar a nuestro hogar. Este banquete tiene lugar en la Nueva Jerusalén, la Ciudad de Dios que viene del cielo para llenar la tierra (Apocalipsis 21-22). Se nos dice que la misma presencia de Dios está en la ciudad, así como lo está el árbol de la vida, cuyas hojas son ahora *“para sanidad de las naciones”* (Apocalipsis 22:2). El árbol de la vida estaba en el Huerto del Edén. Al final de la historia, la tierra entera se convierte de nuevo en el Jardín de Dios. La muerte, el deterioro y el sufrimiento desaparecen. Las naciones ya no están en guerra. *“Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado”* (Apocalipsis 21:4).

Jesús, al contrario que cualquier otro fundador de cualquiera de las religiones más importantes, trae esperanza para la vida humana común. Nuestro futuro no es un estado de conciencia etéreo e impersonal. No vamos a flotar por el aire, sino que comeremos, abrazaremos, cantaremos, reiremos y bailaremos en el reino de Dios, con tanto poder, gloria y gozo que no podemos ni imaginarlo en el presente.

Jesús hará del mundo nuestro verdadero hogar. No volveremos a vivir “al este del Edén”, siempre errantes sin nunca llegar a ninguna parte. Vendremos y el padre se acercará y nos abrazará y entraremos al banquete.

El banquete del padre

“Oyó la música del baile”.

Si creemos en el Evangelio, descansamos en la obra de Jesús y recibimos una nueva identidad y relación con Dios, ¿qué pasa entonces? ¿Cómo cambiarán nuestras vidas al basarlas en el mensaje de Jesús acerca del pecado, la gracia y la esperanza?

Isaías en las predicciones de los nuevos cielos y tierra, declara que, como en todos los retornos al hogar, el regreso final se caracterizará por el banquete festivo definitivo (Isaías 25). Asimismo, Jesús describe la salvación que él trae como un banquete. *“Vendrán muchos del oriente y del occidente”, les dijo a sus seguidores, “y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos”* (Mateo 8:11). Cristo dejó una comida, que hoy conocemos como la Cena del Señor o Eucaristía, como señal de su gracia salvadora. Y, por supuesto, la parábola de Jesús de los dos hijos perdidos termina con un banquete festivo que representa la gran celebración de Dios al final de la historia.

¿Por qué Jesús nos habla de esta manera? ¿Por qué usa estas imágenes? El lo hace porque no hay mejor manera de transmitirnos de una forma vívida lo que significa vivir una vida realmente basada en su obra de salvación.

La salvación es experimental

En un banquete se satisfacen nuestros apetitos y sentidos de la vista, olor, oído y gusto. En Juan 2, se nos dice que Jesús estaba en una boda donde se había acabado el vino demasiado pronto. Tanto la pareja que se casaba como “el encargado del banquete”, al que podríamos llamar maestro de ceremonias, corrían el peligro de caer en una deshonra social. Sin embargo, Jesús ejerce

por primera vez en público su poder divino y convierte varias tinajas de agua en vino. Asombrosamente, Juan, el escritor de este evangelio, denomina el milagro como “señal”, un indicador de en qué consistía el ministerio de Jesús. ¿Por qué sería este el acto inaugural? ¿Por qué Jesús, para transmitir lo que había venido a hacer, eligió transformar 500 litros de agua en un vino excelente para que siguiese la fiesta?

La respuesta es que Jesús vino a traer un gozo festivo. Él es el verdadero “Maestro de Ceremonias”, el Señor del Banquete. Como vimos, Jesús asumió el castigo por nuestros pecados, en nuestro lugar. Los teólogos cristianos, por tanto, han hablado del aspecto legal y judicial de la salvación de Jesús. Jesús nos asegura el veredicto de “no culpable” de modo que ya no somos responsables de nuestras ofensas. Sin embargo, la salvación no es solo objetiva y legal, sino también subjetiva y experimental. La Biblia usa en repetidas ocasiones un lenguaje sensorial para referirse a la salvación. Nos llama a “probar y ver” que el Señor es bueno, no solo a estar de acuerdo con ello y creerlo. En su famoso sermón “Una luz divina y sobrenatural”, Jonathan Edwards dice:

“Hay una diferencia entre opinar que Dios es Santo y lleno de gracia, y sentir la placidez y belleza de esa santidad y gracia. Hay una diferencia entre considerar racionalmente que la miel es dulce, y disfrutar su dulzura. Un hombre puede tener lo primero sin saber cuál es el gusto de la miel, pero no la segunda a menos que posea una idea en su mente de cómo sabe la miel”.^{[13](#)}

La salvación de Jesús es un banquete y, por lo tanto, cuando creemos y descansamos en su obra por nosotros, a través del Espíritu Santo, se vuelve real en nuestros corazones. Su amor es como miel o como vino. Más que solo creer que nos ama, podemos llegar a sentir la realidad, la belleza y el poder de su amor. Su amor puede volverse más real para ti que el amor de cualquier otra persona; puede encantarte, reavivarte y consolarte. Eso te confortará y te

liberará del miedo como ninguna otra cosa lo hará.

Y esto lo cambia todo. Si estás lleno de vergüenza y culpa, no solo necesitas creer en el concepto abstracto de la gracia, sino que tienes que sentir en el paladar de tu corazón, por así decirlo, la dulzura de su gracia. Entonces sabrás que te acepta. Si estás embargado por la preocupación y la ansiedad, no solo has de creer que Dios controla la historia. Debes ver, con los ojos del corazón, su deslumbrante majestad. Entonces sabrás que la tiene bajo control.

¿De verdad es posible tener este tipo de experiencia? A algunas personas les resulta más difícil que a otras, ya que tienen un carácter más racional y controlado. Otros, en mi opinión, están buscando experiencias místicas con tanta ansia que consideran cualquier intuición o sentimiento fuerte como una “palabra del Señor”. En resumen, muchos de nosotros deseamos demasiado o no deseamos nada lo que Jesús nos ofrece. Pero sí que nos ofrece acceso a la presencia del Padre. Ahora solo se trata de un anticipo, y aparece y desaparece a lo largo de los años a medida que oramos y buscamos su rostro con la ayuda del Espíritu. Isaac Watts, autor de numerosos himnos, trata esta cuestión en los siguientes versos: “El Monte de Sion produce mil dulces sagrados *antes* de que lleguemos a los campos celestiales o caminemos por las calles de oro”.

La salvación es material

Comer es una experiencia muy física. Jesús estableció una comida, la Santa Cena, para que le recordásemos y la historia terminará en una comida, el banquete de las Bodas del Cordero (Apocalipsis 19). Cristo, cuando resucitó, comió con sus discípulos cuando se encontró con ellos (Lucas 24:42-43; Juan 21:9). ¿Qué significa todo? Es una señal de que a Jesús le importa el mundo material.

El libro de Génesis nos dice que, cuando Dios creó este mundo, vio la creación y dijo que todo era “bueno”. Dios ama y se preocupa por el mundo

material. La resurrección de Jesús y la promesa de cielos y tierra nuevos nos muestran con claridad que aún se preocupa por él. Este mundo no es únicamente un teatro donde tienen lugar las conversiones de los individuos para luego derruirlo una vez que todos vayan al cielo. No, el propósito definitivo de Jesús no es solo nuestra salvación y el perdón de pecados, sino la renovación de este mundo, el fin de la enfermedad, pobreza, injusticia, violencia, sufrimiento y muerte. El clímax de la historia no es una especie de conciencia incorpórea superior, sino un banquete. Dios creó el mundo con todos sus colores, sabores, luces, sonidos con todas las formas de vida que habitan en sistemas interdependientes. Ahora está en ruinas, sucio y roto, y él no va a descansar hasta que lo haya arreglado.

Si el mundo material solo es una ilusión, como sugiere la filosofía oriental, o una copia temporal del mundo real y perfecto, como defendía Platón, entonces lo que ocurre en este mundo o en esta vida no tiene importancia. Lo único relevante serían las cuestiones del alma o el espíritu. Sin embargo, Jesús resucitó en un cuerpo físico y no únicamente “en espíritu”. Dios hizo tanto el alma como el cuerpo y va a redimir ambos: alma y cuerpo. Todo el ministerio de Jesús lo demuestra. Jesús no solo predicó la palabra, sino que sanó a los enfermos, dio de comer a los hambrientos y se preocupó por las necesidades de los pobres.

En Mateo 25, Jesús describe el día del juicio. Muchos estarán allí y le llamarán “Señor”, pero Jesús afirma increíblemente que, si no han servido a los hambrientos, refugiados, enfermos y a los cautivos, entonces no le han servido a él (Mateo 25:34-40). Esto no contradice lo que Jesús ha dicho con la parábola del hijo pródigo. No está diciendo que los trabajadores sociales son los únicos que entrarán en el cielo. Más bien, lo que está indicando es que una señal inevitable de que sabes que eres un pecador salvo por pura gracia y a un alto precio es una conciencia de sensibilidad social y una vida volcada al servicio de los pobres. Los hermanos menores son demasiado egoístas y los hermanos mayores demasiado superiores como para preocuparse de los

pobres.

El cristianismo, por tanto, es quizás la fe más materialista de las que hay en el mundo. Los milagros de Jesús no eran tanto una ruptura del orden natural, sino la restauración de ese orden. Dios no creó un mundo donde había ceguera, lepra, hambre y muerte. Los milagros de Jesús eran señales de que un día toda esta podredumbre en la creación desaparecería. Por lo tanto, los cristianos pueden hablar en una misma oración de la salvación del alma y de crear sistemas sociales que proporcionan seguridad en las calles y hogares acogedores. Con integridad.

Jesús odia el sufrimiento, la injusticia, el mal y la muerte con tanta fuerza que vino y lo experimentó todo para vencer sobre ello y, algún día, erradicarlo de la faz de la tierra. Sabiendo esto, los cristianos no pueden quedarse de brazos cruzados ante el hambre, la enfermedad y la injusticia. Karl Marx y otros han acusado a la religión de “ser el opio de las masas”. Es decir, un tranquilizante que hace que la gente no reaccione ante la injusticia porque en el cielo serán y comerán felices. Puede que haya algo de verdad en las religiones que enseñan que este mundo material no es importante y es una ilusión. Sin embargo, el cristianismo enseña que Dios odia el sufrimiento y la opresión de este mundo material de tal manera que estaba dispuesto a involucrarse y luchar contra ello. Bien entendido, el cristianismo no es el opio del pueblo. Es, más bien, como las sales aromáticas.

La salvación es individual

Una comida provee de nutrientes que propician crecimiento. La Cena del Señor, también conocida como Comunión o Eucaristía, representa el crecimiento en la gracia de Dios. Para poder sobrevivir y crecer, tenemos que comer y beber con regularidad. Y es lo que debemos hacer con el evangelio de la gracia de Dios. Tenemos que apropiarnos de él personalmente, y que cada vez sea más central en lo que vemos, pensamos y sentimos. Así es como

crecemos espiritualmente en sabiduría, amor, gozo y paz.

La religión opera según el principio de “Obedezco, por lo tanto, Dios me acepta”. El principio básico del evangelio es “Dios me acepta a través de la obra de Jesucristo; por lo tanto, obedezco”. Como hemos visto, la primera manera de conectar con Dios es creer en el evangelio. Nos da una nueva relación con Dios y una nueva identidad. No obstante, no debemos pensar que, una vez que creamos, el cristiano no necesita más el mensaje del evangelio. Una idea fundamental de Martín Lutero era que la “religión” era el modo por defecto del corazón humano. Tu ordenador funciona según el modo predeterminado hasta que tú le dices que haga algo distinto. Así que lo que Lutero quiere decir es que, aunque hayas creído en el evangelio, tu corazón volverá a actuar según los antiguos principios que seguía a no ser que tú, a propósito y continuamente, lo fijes en los valores del evangelio.

Con frecuencia y por instinto creemos que nuestra justificación, esperanza, significado y seguridad se encuentran en cosas que no son ni Dios ni su gracia. En cierto sentido, creemos en el evangelio, pero, si vamos a un nivel más profundo, ya no creemos. La aprobación humana, el éxito profesional, el poder e influencia, la familia y la pertenencia a un grupo concreto, todas estas cosas, nuestro corazón las usa como “confianza funcional”, es decir, en la práctica, ponemos nuestra confianza en todas estas cosas en lugar de lo que Cristo ha hecho. Como resultado de ello, continuamos dejando en gran medida que el miedo, enfado y falta de autocontrol nos dirijan. No podemos cambiar todo esto con nuestra fuerza de voluntad, aprendiendo los principios bíblicos e intentando ponerlos en práctica. Solo cambiaremos de modo permanente a medida que el evangelio ahonde cada vez más en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Debemos alimentarnos con el evangelio para digerirlo y asimilarlo como parte de nosotros mismos. Es así como creceremos.

¿Cómo funciona?

Se manifiesta de muchas maneras. Puede que desees ser más generoso, pero no bastará con presionarte a ti mismo. Más bien, deberías reflexionar sobre lo que te impide ser más radical a la hora de dar. Para muchos de nosotros, tener dinero hace que los demás nos den el visto bueno y nos respeten; es una manera de sentir que tenemos el control de nuestras vidas. El dinero deja de ser una cosa, para convertirse en aquello en lo que nuestro corazón espera y confía. Veamos cómo Pablo, en su carta a la iglesia de Corinto, les ayudó a crecer en la gracia de la generosidad. No impone su voluntad directamente diciendo: “Soy un apóstol y es una obligación que tenéis para conmigo”, ni tampoco presiona sus emociones contando historias de cómo los pobres están sufriendo y lo mucho que ellos tienen en comparación con los que sufren. En vez de eso, dice: *“Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, sin embargo por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros por medio de su pobreza llegarais a ser ricos”* (2 Corintios 8:9). Pablo les está llevando al evangelio. Lo que dice es: “Pensad en el alto coste de su gracia, hasta que queráis dar como él dio”.

Quizás desees fortalecer tu matrimonio. En Efesios 5, Pablo está hablando a los matrimonios, aunque en especial a los maridos. Muchos de los lectores de Pablo trasladaban al matrimonio malas actitudes que provenían de su trasfondo pagano. El matrimonio en la sociedad dominante se veía tan solo como una transacción comercial; tenías que casarte lo “mejor” posible según tu nivel social y económico. La satisfacción sexual se conseguía de otro modo. Además, se enseñaba a los hombres a menospreciar a las mujeres y no considerarlas como iguales o amigas. Sin embargo, Pablo quiere animar a los maridos no solo a ser fieles sexualmente a sus mujeres, sino también a amar y honrar a sus esposas, y ayudarlas a crecer personal y espiritualmente. Esta es una actitud totalmente nueva respecto al matrimonio.

Pero observa cómo motiva Pablo a sus lectores. De nuevo, no les amenaza o tan solo les exhorta, ni hace alusión a un gran ejemplo al que imitar. En lugar de eso, presenta de forma vívida la salvación de Jesús como un amor

sacrificial y conyugal. *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga”*. Jesús no nos ama porque seamos preciosos; nos volvemos preciosos a través del amor sacrificial de Jesús. En el evangelio, él es el supremo esposo para nosotros, su “esposa”.

La solución a nuestra mezquina forma de actuar es que nos reorientemos hacia la generosidad de Cristo en el evangelio, donde dio toda su riqueza por ti. No tienes que preocuparte por el dinero, ya que la cruz demuestra que Dios te cuida y te da toda la seguridad que necesitas. El amor y la salvación de Jesús te confieren un nuevo estatus, uno que el dinero no puede darte. La solución a un matrimonio roto es reorientarte hacia el intenso amor conyugal de Cristo en el evangelio. *“No cometerás adulterio”* tiene sentido en el contexto del amor conyugal de Jesús, sobre todo en la cruz, donde fue fiel a ti por completo. Solo cuando conoces el amor conyugal de Cristo, tendrás la suficiente fuerza para luchar contra la lujuria. Su amor te satisface, lo que te mantiene alejado de buscar en el sexo lo que únicamente Jesús te puede dar.

¿Cuál es el propósito de todo esto? Lo que te hace fiel o generoso no es un esfuerzo doble por seguir las normas morales. Más bien, todo cambio se produce por un entendimiento más profundo de la salvación de Cristo y poniendo en práctica los cambios que este entendimiento produce en nuestros corazones. La fe en el evangelio da nueva forma a nuestras motivaciones, nuestro conocimiento de nosotros mismos, nuestra identidad y nuestra perspectiva del mundo. Un comportamiento conforme a las reglas sin una transformación del corazón será breve y superficial.

El evangelio no es, por tanto, el ABC de la vida cristiana, sino lo que abarca desde la A a la Z de la vida cristiana. Nuestros problemas surgen sobre todo porque no volvemos continuamente al evangelio para dejarle trabajar en nosotros y llevarlo a la práctica. Eso es lo que Martín Lutero escribió: “La

verdad del evangelio es el principal artículo de toda doctrina cristiana... Por tanto, urge la necesidad de conocer este artículo a fondo, enseñarlo a otros e inculcarlo continuamente”.¹⁴

“Espera”, he oído a personas objetar lo siguiente. “¿Me estás diciendo que, para poder crecer en Cristo, te dices a ti mismo continuamente cuan graciosamente amado y aceptado que eres? Esa no parece la mejor manera de progresar. ¡Quizás la motivación de la religión era negativa, pero al menos era efectiva! Sabías que tenías que obedecer a Dios porque, si no lo hacías, no respondería tus oraciones o no te llevaría al cielo. Pero, si eliminas el miedo y hablas tanto del regalo de la gracia y la aceptación inmerecida, ¿qué incentivo tendrás para vivir una buena vida? Parece que este modo de entender el evangelio no producirá personas que sean tan leales y diligentes a la hora de obedecer a Dios sin rechistar”.

Pero, ¿cuál era tu motivación en primer lugar si cuando dejaste de sentir miedo al castigo también perdiste el incentivo de vivir una vida de obediencia? Puede que solo hubiese sido miedo. ¿Qué otra motivación podemos tener? Amor agradecido y reverente.

Hace unos años, conocí a una mujer que comenzó a venir a Redeemer, la iglesia de la que soy pastor. Me contó que en su infancia había ido a una iglesia en la que siempre se había mantenido que Dios solo nos acepta si somos lo suficientemente buenos y éticos. Nunca había oído el mensaje que estaba escuchando ahora de que podemos ser aceptados por Dios por pura gracia, a través de la obra de Jesús sin importar lo que hacemos o hubiésemos hecho.

Su respuesta fue: “¡*Esa* es una idea que da miedo! Es una idea buena, pero, al fin y al cabo, sí que da miedo”.

Su comentario me dejó intrigado. Le pregunté entonces qué era lo que daba tanto miedo de la gracia gratuita e inmerecida. Contestó algo así: “Si me

salvase por buenas obras, entonces tendría que existir un límite a lo que Dios me pide o por lo que me hace pasar. Sería como un contribuyente con derechos. Habría hecho mi trabajo y ahora merecería cierto nivel de vida. Pero, si realmente es cierto que soy una pecadora salva por pura gracia – asumiendo Dios ese enorme coste –, entonces no hay nada que no me pueda pedir”. De inmediato, pudo ver que la increíble y maravillosa enseñanza de salvación por pura gracia es una espada de dos filos. Por un lado, quitaba el miedo que esclavizaba. Dios nos ama sin reservas, a pesar de nuestras debilidades y fracasos. Sin embargo, también sabía que, si Jesús realmente había hecho esto por ella, no era dueña de sí misma. Había sido comprada a un alto precio.

Durante años he oído decir a muchas personas: “Bueno, si creyese que soy salvo por gracia en vez de por mis buenas obras, ¡entonces podría vivir como me diese la gana!”. Pero eso sería vivir como si la parábola de Jesús solo consistiese en el acto 1 y no incluyese el acto 2. La gracia de Dios es gratuita, sí, pero también es infinitamente costosa. Dietrich Bonhoeffer se horrorizó con el número de personas de la iglesia alemana que se rindieron ante Hitler a principios de los años 30 y en respuesta escribió su gran obra *El costo del discipulado*. En su libro alertaba contra los peligros de lo que él denominaba “gracia barata”, la enseñanza que defiende que la gracia es gratis, por lo que no importa cómo vivimos. La solución, dijo, no era regresar al legalismo, sino centrarnos en lo serio que es el pecado para Dios y que solo pudo salvarnos de él pagando él mismo el enorme costo. Entender esta idea tiene que transformar, y lo hará, nuestras vidas. No podremos vivir como egoístas y cobardes. Nosotros nos alzaremos firmes en defensa de la justicia y de nuestros prójimos. Y no nos importará el precio de seguir a Jesús cuando lo comparemos con lo que tuvo que pagar para rescatarnos.

Un pasaje bíblico que transmite muy bien esta idea es la parábola del sembrador que Jesús cuenta en Mateo 13. El que predica el mensaje de Dios, el evangelio, es como el sembrador. Hay tres grupos de personas que

“reciben” y aceptan el evangelio, pero dos de los grupos no dan lugar a vidas transformadas. Un grupo de personas no tiene la resistencia ni la paciencia para enfrentarse al sufrimiento, mientras que el otro continúa con una vida materialista, llena de ansiedad. El único grupo de personas que produce vidas transformadas no son los que han trabajado mucho o han sido más obedientes, sino “el que oye la palabra y la *entiende*” (Mateo 13:23). Bonhoeffer insiste en que aquellas personas cuyas vidas no cambian por la gracia de Dios, realmente no entendieron su coste y, por lo tanto, no han entendido el evangelio. Tenían una comprensión general del amor de Dios, pero no *entendieron* realmente la seriedad del pecado ni el significado de la obra de Cristo en nuestro lugar.

Al final, la afirmación de Martín Lutero sigue resumiendo bien esta enseñanza: “Somos salvos por la fe sola (no por obras), pero la fe que salva no está sola”. Nada que hagamos puede ganarnos la gracia y el favor de Dios; solo podemos creer que nos lo ha dado en Jesucristo y lo hemos recibido por fe. Pero, si creemos de verdad y confiamos en aquel que nos sirvió abnegadamente, él nos transforma en personas que sirven a Dios y al prójimo de forma sacrificial. Si decimos “creo en Jesús”, pero no afecta a la manera en la vivimos, la respuesta no es tanto que ahora tenemos que añadir más esfuerzo a nuestra fe, sino que no hemos entendido o creído de verdad en Jesús.

La salvación es comunitaria

Un banquete es comunitario por naturaleza. No hay ningún encuentro, reunión familiar, boda u otro acontecimiento social que se precie que no incluya una comida. Cuando invitamos a alguien a comer con nosotros, es una invitación para relajarnos un poco y conocernos mejor. En muchas culturas, comer juntos es conceder tu amistad.

Vivimos en una cultura en la que los intereses y los deseos del individuo

son más importantes que los de la familia, grupo o comunidad. Como resultado, un gran porcentaje de personas quieren crecer espiritualmente sin perder su independencia ante una iglesia o cualquier otra institución organizada. Muchas veces, este es el significado tras afirmaciones como “Soy espiritual, pero no religioso” o “Me gusta Jesús, pero no el cristianismo”. Muchas personas dedicadas a la búsqueda espiritual tienen malas experiencias con las iglesias, así que no quieren tener que ver nada con ellas. Están interesadas en una relación con Dios, pero no si para ello tienen que formar parte de una organización.

He explicado en este libro por qué las iglesias (y cualquiera de las instituciones religiosas) a menudo son tan desagradables. Están llenas de hermanos mayores. Sin embargo, mantenerse lejos de ellas solo por el hecho de que rebosan de hermanos mayores es otra expresión diferente de superioridad moral. Además, no hay posibilidad de que crezcas espiritualmente aparte de que te involucres en una comunidad de creyentes. No puedes llevar una vida cristiana sin un grupo de amigos cristianos, sin una familia de creyentes en la que puedas encontrar un lugar.

C.S. Lewis formó parte del conocido círculo de amigos que se llamaba los Inklings. Este grupo incluía a J.R.R. Tolkien, autor de *El señor de los anillos*, y también al escritor Charles Williams, que murió inesperadamente después de la Segunda Guerra Mundial. En su libro *Los cuatro amores*, Lewis puso por escrito una reflexión sorprendente en un ensayo que tituló: “Amistad”.

En cada uno de mis amigos hay algo que solo otro amigo puede mostrar plenamente. Por mí mismo, no soy lo bastante completo como para poner en actividad al hombre total; necesito otras luces, además de las mías, para mostrar todas sus facetas. Ahora que Charles (Williams) ha muerto, nunca volveré a ver la reacción de Ronald's (Tolkien's) ante una broma típica de Charles. Lejos de tener más de Ronald al disfrutarlo solo «para mí» ahora que Charles ha muerto,

*tengo menos de él... En esto, la amistad muestra una gloriosa «aproximación por semejanza» al Cielo, donde la misma multitud de los bienaventurados (que ningún hombre puede contar) aumenta el goce que cada uno tiene de Dios; porque, al verle, cada alma a su manera comunica, sin duda, esa visión suya, única, a todo el resto de los bienaventurados. Por eso dice un autor antiguo que los serafines, en la visión de Isaías, se están gritando «unos a otros» «Santo, Santo, Santo» (Isaías 6:3). Así, mientras más compartamos el Pan del Cielo entre nosotros, más tendremos de Él.*¹⁵

Lo que Lewis quiere comunicar es que necesitas una comunidad para conocer a un individuo. ¿Cuánto más será esto verdad con Jesucristo? Los cristianos con frecuencia dicen que quieren una relación con Jesucristo, que desean “conocerle mejor”. Nunca podrás hacerlo por ti mismo. Tienes que estar involucrado al cien por cien en la iglesia, en una comunidad cristiana, con estrechas relaciones de amor y ante quien puedas rendir cuentas. Solo si eres parte de una comunidad de creyentes que desean parecerse, servir y amar a Jesús, podrás llegar a conocerle y parecerle a él.

“El festín de Babette”

La parábola de Jesús del hijo pródigo cuenta la historia entera de la Biblia y la de la raza humana. En la historia, Jesús nos enseña que las dos maneras más comunes de vivir conducen a callejones sin salida espirituales. Nos muestra cómo el argumento de nuestras vidas solo se resuelve, encuentra un final feliz, en él, en su persona y su obra.

La bella historia de Isak Dinesen “El festín de Babette” también termina con un banquete y nos enseña acerca de las dos maneras de vivir incorrectas y de la realidad de otro camino.

La historia de Dinesen trata de dos mujeres mayores, Martine y Phillipa, las hijas de un pastor muy estricto que creó una pequeña secta en su pueblo. En

su juventud, las dos fueron tentadas a llevar una vida de placer sensual. Un apuesto lugarteniente rondaba a Martine y quería escaparse con ella. El director de la Opera de París deseaba a Phillipa porque estaba embelesado con la pureza y la claridad de voz. Al final, ambas mujeres dieron la espalda a una vida de placer mundano para ayudar a su padre en su misión. Cuando él murió, las dos mujeres continuaron presidiendo la estricta comunidad religiosa y moral en un pequeño pueblo en la inhóspita costa de Jutlandia, en el oeste de Dinamarca.

Pero a la comunidad no le iba muy bien. Sus vidas se volvieron tan frías y desoladas como el clima húmedo, gris y extraordinariamente ventoso de la región. Casi todo el mundo tenía alguna rencilla con otra persona del pueblo. Muchos no se hablaban entre ellos. Se había avivado el orgullo y las quejas, y la amargura había crecido hasta proporciones penosas. El pueblo era un lugar totalmente carente de alegría.

Entonces, Martine y Phillipa acogieron a una refugiada política, Babette, que vivía con ellas como su criada. Cuando, por sorpresa, Babette ganó la lotería, se ofreció a pagar una cena para la comunidad en honor del cumpleaños del padre de las dos mujeres. Resulta que Babette había sido una de las mejores chefs de París y la cena que había planeado era un banquete de alta cocina.

El día de la cena llegó y los invitados fueron a la celebración. Una anciana que vivía cerca del pueblo, la señora Loewenholm, quería honrar la memoria del pastor, así que invitó a su sobrino a participar con ella en el banquete. El sobrino no era otro que el apuesto lugarteniente de hace años de Martine, que ahora era un importante general. Mientras el general llegaba en su carruaje, cavilaba acerca del pasado. Sentía que no había conseguido la felicidad con todo el éxito que había tenido en el mundo. Recordó a Martine y su seriedad por lo espiritual y se preguntó si no había entendido lo que realmente importa en la vida. Sin embargo, Martine y Phillipa tampoco habían alcanzado lo que

deseaban aunque habían seguido el camino del servicio religioso.

Entonces, todo el mundo se sentó y comenzó a comer. De inmediato, estaban asombrados con la calidad exquisita y perfecta preparación de la comida. El poder del banquete empezó a derrumbar las defensas de la gente. Uno a uno, bajo la influencia de una comida y bebida maravillosa, los antiguos enemigos empezaron a ablandarse. Empezaron a intercambiarse entre ellos comentarios y palabras tan dulces como la comida. Se pidió y se concedió perdón. Dos mujeres que no se habían hablado durante años, se acercaron con cariño y dijeron: “Dios te bendiga, querida Solveig” y “Dios te bendiga a ti también, querida Anna”. Finalmente, Phillipa comenzó a cantar con su hermosa y pura voz, y todo el mundo la escuchó y meditó.

El general se levantó para hablar. Citó el Salmo 85: *“El amor y la verdad se encontrarán; se besarán la paz y la justicia”*. Después dijo que durante la comida se había dado cuenta de que, de alguna manera, la moralidad y la alegría, lo ético y lo sensual, podían unirse.

Isak Dinesen resuelve el relato con destreza. La gente del pueblo experimenta cómo la comunidad es sanada. Babette también se transforma. Se sentía como una extraña en el pueblo, pero ahora tenía un hogar, ya no era una refugiada. Incluso el general se marcha sin los remordimientos con los que llegó.

No obstante, la historia no da una respuesta clara a la pregunta principal que plantea tan adecuadamente. La vida del mundo del placer sensual, así como la vida religiosa de principios éticos estrictos fallan a la hora de conceder al corazón lo que busca. Kierkegaard, el gran filósofo danés que influenció a Isak Dinesen, denominó a estos dos caminos el “estético” y el “ético”, y en sus escritos defiende que ninguno de ambos enfoques es adecuado. ¿Pero cuál es la alternativa? En el festín de Babette, la cena había tenido la experiencia mística momentánea en la que estas dos cosas, la rectitud y la alegría, se habían juntado. Dinesen estaba manifestando su creencia de que

existe algo que va más allá de estas dos alternativas, algo que no es el egoísmo de lo “estético” ni la rigidez de lo “ético”. No pudo encontrar mejor manera de representarlo que a través de un hecho tan maravilloso como un banquete, un gran festín.

La parábola de Jesús responde a la pregunta que la historia de Dinesen plantea con tanta destreza. Jesús dice: “*Yo soy el Pan del Cielo*”. Jesús nos señala que tanto el camino de placer del hermano menor como el camino ético del hermano mayor son callejones sin salida espirituales. También nos enseña que hay otro camino: a través de él. Y entrar en esa senda y comenzar una vida que se basa en su salvación nos llevará a la fiesta y el banquete supremos al final de la historia. Podemos tener un anticipo de esa futura salvación en todas las maneras presentadas en este capítulo: en oración, servicio a otros, en los cambios en nuestra naturaleza interior a través del evangelio y de las relaciones sanadas que Cristo nos ha otorgado ahora. Pero son solo un anticipo de lo que está por venir.

Sobre este monte, el Señor todopoderoso preparará para todos los pueblos un banquete de manjares especiales, un banquete de vinos añejos, de manjares especiales y de selectos vinos añejos. Sobre este monte rasgará el velo que cubre a todos los pueblos, el manto que envuelve a todas las naciones. Devorará a la muerte para siempre; el Señor omnipotente enjugará las lágrimas de todo rostro, y quitará de toda la tierra el oprobio de su pueblo. El Señor mismo lo ha dicho

(Isaías 25:6-8)

Notas

Introducción

1. El sermón se ha publicado en inglés con el título “Sharing the Father’s Welcome” [“Compartir la bienvenida del padre”] en el libro *Preaching Christ from All the Scripture* [*Predicar a Cristo a partir de toda la Escritura*] (Crossway, 2003). Enseñé durante tres años un curso de predicación junto con el Dr. Clowney. En ese tiempo, pude compartir con él cómo había desarrollado sus argumentos básicos y lo que yo creía que eran las implicaciones más importantes de esta parábola de Jesús. Se mostró notablemente conforme con el material, que ahora se incluye en este libro.
2. He consultado otros muchos comentarios y estudios sobre el capítulo 15 de Lucas, pero quiero reconocer la deuda que tengo con el trabajo de Kenneth E. Bailey, *Finding the Lost Cultural Keys to Luke 15* [*La búsqueda de los claves culturales en Lucas 15*] (Concordia, 1992) por muchas de las ideas sobre el contexto cultural e histórico que he empleado en el libro.

Las personas alrededor de Jesús

3. J.R.R. Tolkien, *Las dos torres* (Editorial Minotauro, 2004).
4. Este diálogo se basa en una ilustración de un sermón de Richard Lucas de la iglesia anglicana St. Helen’s Bishopsgate, Londres, Reino Unido.

Redefinición de pecado

5. El guión de Único testigo, por Earl W. Wallace y William Kelley, se puede consultar en inglés en <http://readwatchwrite.com/wp-content/uploads/2013/05/witness.pdf> (último acceso 19 de agosto de 2014). No se ha podido encontrar en español.
6. Flannery O’Connor, *Sangre sabia* (Cátedra, 1990).
7. El guión en inglés de la obra de Peter Shaffer *Amadeus* se encuentra en <http://www.imsdb.com/scripts/Amadeus.html> (último acceso 20 de agosto de 2014). No se ha podido encontrar en español.
8. Jesús cuenta en Lucas 18 la parábola de un recaudador de impuestos (un colaborador de las fuerzas de opresión romanas) y un fariseo. El fariseo es muy moralista y rígido, pero está satisfecho consigo mismo, mientras que el recaudador de impuestos es un fracasado moral, pero arrepentido. Jesús concluye: “Os digo que este [el recaudador de impuestos] descendió a su casa justificado, pero aquel no; porque todo el que se ensalza será humillado, pero el que se humilla será ensalzado” (Lucas 18:14). Compárese con las palabras de Jesús acerca de los fariseos en Lucas 5:32: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”.

Redefinición de perdido

9. Elisabeth Elliot, *These Strange Ashes* [*Esas extrañas cenizas*] (Harper and Row, 1975), p.132.
10. Richard Lovelace, *The Dynamics of Spiritual Life* [*Dinámicas de la vida espiritual*] (Inter-Varsity, 1979), p. 212.

Redefinición de esperanza

11. John Steinbeck, *Al este del Edén* (Tusquets, 2002); John Knowles, *Una paz solo nuestra* (Alianza Editorial, 2004). Ambas citas se incluyen en C. Plantinga, *Engaging God's World: A Christian Vision of Faith, Learning, and Living [Comprometidos con el mundo de Dios: una visión cristiana de fe, aprendizaje y vida]* (Eerdmans, 2002), p. 3. Mi línea de pensamiento sobre la añoranza espiritual está en deuda con el primer capítulo entero de Plantinga.
12. Se puede consultar on line el ensayo de C.S. Lewis "El peso de la gloria" en <http://www.novalectio.solutionsplaza.net/EnsayosOtros/El%20peso%20de%20la%20gloria.htm> (último acceso 20 de agosto de 2014).

El banquete del padre

13. José Moreno Berrocal, *Jonathan Edwards: pasión por la gloria de Dios* (Andamio, 2008), p. 68.
14. Martín Lutero, *El Comentario de Martín Lutero acerca de la epístola a los Gálatas* (Paralibro, 2011), p. 105.
15. C.S. Lewis, *Los cuatro amores* (HaperCollins, 2006), p. 73-74.

Agradecimientos

Estoy muy agradecido a Jill Lamar, David McCormick, y Brian Tart, cuya habilidad literaria y apoyo han hecho posible este libro. Como siempre, gracias a Janice Worth y Lynn Land, que hicieron posible que yo pudiera dedicarme a estudiar y escribir en quietud dos semanas cada verano. También quiero agradecer a todos los miembros de la Iglesia Presbiteriana Redeemer, quienes abrieron sus mentes y corazones al mensaje antiintuitivo de este libro.

Hace unos años escuché al Dr. Ed Clowney predicar sobre la Parábola del hijo pródigo, y esto cambió completamente mi comprensión acerca de la fe cristiana y cómo comunicarla. Como he podido irle conociendo a través de los años, también me enseñó que es posible ser sólido teológicamente, completamente ortodoxo y lleno de “gracia”, toda una rara pero maravillosa combinación.

Si tuviera que hacer una lista de todos los hombres y mujeres que han ejercido de mentores en mi vida y me han animado a cómo afinar más y más mi ministerio, llenaría un número extenso de páginas. De cualquier modo, esa lista tiene que incluir: Barbara Boyd, Richard Lowelace, Roger Nicole, R.C. Sproul, Elisabeth Elliot, Kennedy Smartt, Harvie Conn, Jack Miller y, como siempre, mi esposa, Kathy. A todos ellos mi más profunda gratitud.

Tim Keller

Junio, 2008.

Acerca del autor

Timothy Keller nació y se crió en Pennsylvania, y se formó en la Bucknell University, el Gordon-Conwell Theological Seminary y el Westminster Theological Seminary. Primero, fue pastor en Hopewell, Virginia. En 1989, fundó la Redeemer Presbyterian Church en Manhattan, junto a su esposa Kathy y sus tres hijos. Hoy día, Redeemer cuenta con más de 5.000 asistentes cada domingo, así como de los miembros de más de cien nuevas congregaciones repartidas por todo el mundo. También es autor de *The Prodigal God* y del superventas del *New York Times* titulado *The Reason for God*. Vive en Nueva York con su familia.

Table of Contents

Dedicatoria	2
Introducción	3
Capítulo 1	7
Capítulo 2	13
Capítulo 3	20
Capítulo 4	31
Capítulo 5	45
Capítulo 6	55
Capítulo 7	63
Notas	79
Agradecimientos	81
Acerca del autor	82